



ENCUADERNACION
VERONICAS
—
MURCIA

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST^E

7

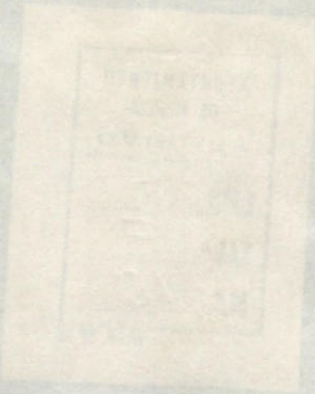
TAB^A

F

N.º

10

Mod. 39 78



En las escuelas.

VICENTE MEDINA



ESTE

TABLA

N.º

Y

F

10

O CANTAR (Versos de amor) con un
lenlo de Unamuno.

DRE NUESTRO! (Breviario) Pensamien-
- Prosa.

PATRIA CHICA (Sentimiento regional) Pro-
-sa.

EN LAS ESCUELAS (Preceptiva literaria y
pedagógica) Prosa.

EN EL MUNDO HUÉRFANO (Excepticismo)
Prosa.

LA COMPAÑERA (verso) Poema íntimo.

AMAMOS LOS UNOS A LOS OTROS
CANCIONES DE NIÑOS Libros para niños
y, para hombres-niños, ó sea ingénuos.

|| YA REGADA ESTÁ LA TIERRA
CON LA SANGRE DE LOS HOMBRES.

|| HONDOS SURCOS HAN ABIERTO
LOS TRABAJOS Y LAS PENAS...

|| SEMBRADORES, A LOS CAMPOS
QUE ES EL DÍA DE LA SIEMBRA!...

Estos volúmenes contienen escueta-
mente las tendencias radicales del autor
ante el desquiciamiento social: guerra, im-
perialismo, militarismo, nacionalismo.

TRIBULACIÓN Tres libros en un volumen
de 400 páginas.

Libro I - HACIA LA NUEVA JERUSALEN
" II - PATRIA GRANDE
" III - ANTE LA NUEVA FÁBRICA DEL
MUNDO

EN LAS ESCUELAS

Colección
de las
Obras Completas
de

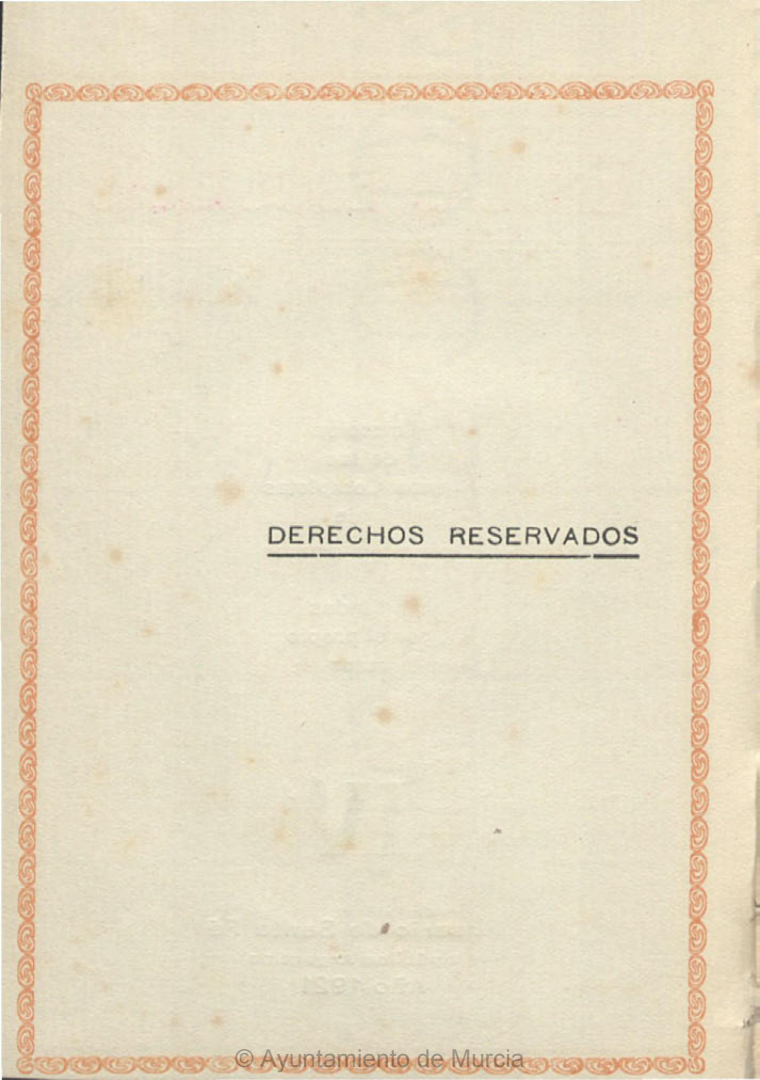
VIGENTE MEDINA

Editadas
por el propio
autor

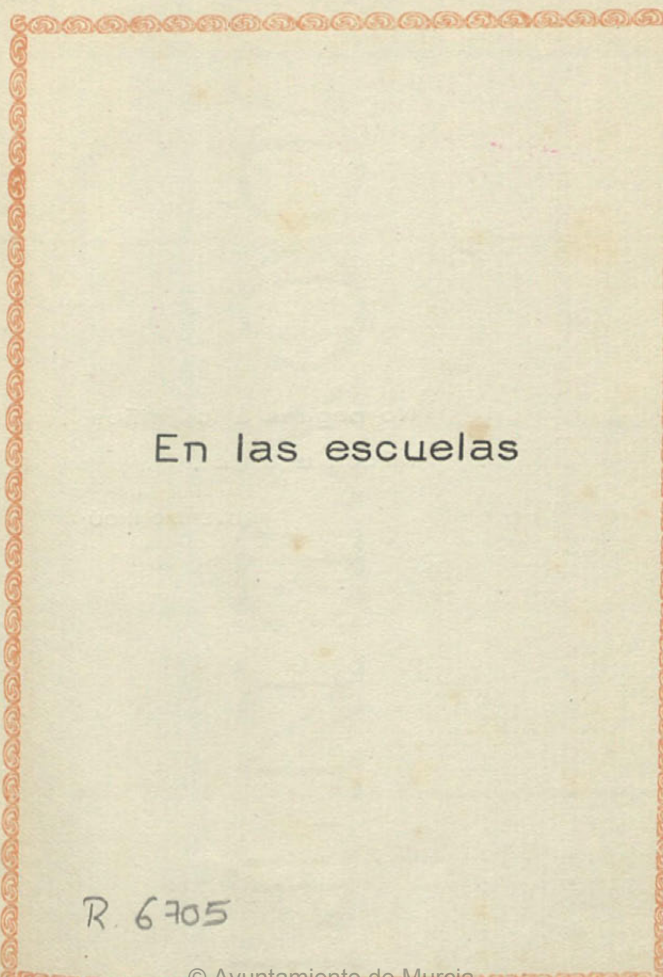
IV

Rosario de Santa Fé
(República Argentina)
Año 1921



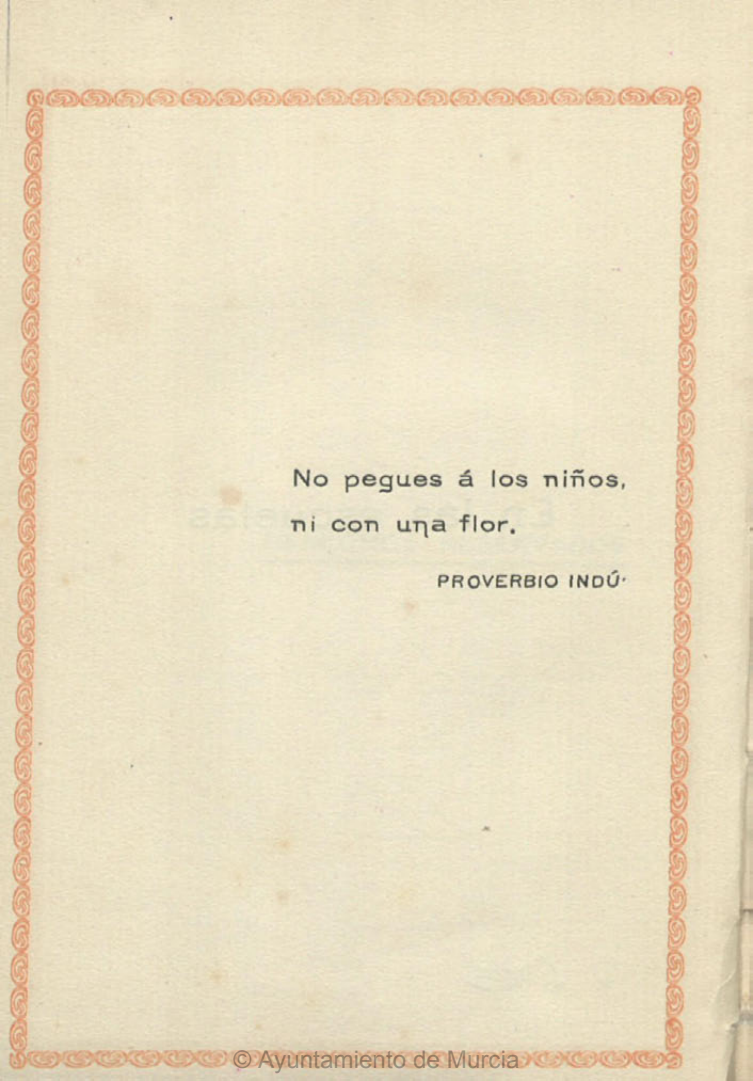


DERECHOS RESERVADOS



En las escuelas

R. 6705

A decorative border in a reddish-orange color, featuring a repeating geometric pattern of interlocking shapes, surrounds the entire page.

No pegues á los niños,
ni con una flor.

PROVERBIO INDÚ.

DEDICATORIA

CONCURRO desde hace más de un año a las dos Escuelas Normales de mujeres de esta ciudad. Allí me llevan afectos intelectuales... Allí también, gracias al criterio elevado y amplio de la Dirección de estos establecimientos, sostengo extraoficialmente con profesores, maestras y alumnas, lo que yo llamo conversaciones literarias.

En esas conversaciones trato, a la buena de Dios, de que unos y otros nos inclinemus cuanto sea posible a una orientación moderna en literatura, pedagogía y feminismo.

Y este librito es producto de esas conversaciones y lo dedico con mi efusión amistosa a esos profesores, maestras y alumnas, que con su amable acogimiento me han dado la ocasión para producir estas páginas.

VICENTE MEDINA

Rosario 1918.

Enseñar... educar...
Digamos mejor:
Despertar... suavizar...
dulcificar...

Mi libro es mi vida

ME llamáis como maestro y aquí vengo; pero yo no os puedo enseñar otra cosa que mi vida.

Yo he aprendido pocas cosas, en el sentido que se llama comunmente “aprender” y sé pocas cosas en idéntico sentido de “saber”... He aprendido en mi vida como en un libro y sé un poco de la vida y de los libros mirándolos a través de mi vida...

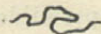
Vosotros, jóvenes y casi niños, “aprendéis” y “sabeis” más que yo, de muchas cosas, seguramente... Pero no os servirá de nada lo que “aprendáis” y lo que “se-pais”, si no lo estudiáis a través de vues-

tra vida, de ese libro del repensar y del sentir...

Y por eso vengo como maestro a enseñaros, mejor dicho a mostraros, no cosas de escuela, sino mi vida como un libro abierto...

¿Queréis saber de arte? Os diré mi simple modo de sentir y de hacer el arte.

¿Queréis saber filosofía? Os pondré ante la tribulación de mis instintos y de mis pensamientos y de mis emociones.



A la manera popular

UNAMUNO me dice en una carta (15 Diciembre 1916, desde Salamanca) lo siguiente:

“Cómo se conoce que usted es pueblo! Eso de reducir la literatura a sentencias, a expresiones breves y concentradas, a fórmulas de resultado definitivo, es eminentemente popular. Al pueblo le importan poco los considerandos y resultandos, porque él ha considerado mucho y está a las resultas de todo. Quiere fallos y ya sabe luego aquilatarlos.”



Bueno; yo quiero manifestar que, aun-

que esta característica en mí — como pueblo — sea peculiar, se produce también por mi propósito determinado de persistir en esta literatura breve, clara, sencilla, natural...

Creo que en literatura, aun escribiendo en verso, debemos decirlo todo como si habláramos familiarmente.

En algunas de mis obras he pecado de esa diferencia de lenguaje literario distinto al hablado. Lo lamento.

¿Hemos de echar, por eso, a un lado, términos legítimos, en razón a ser académicos, rebuscados o desconocidos?

Yo hago mucho de esto, ciertamente, en razón a mi determinado propósito de dar a mi literatura un carácter lo más genuinamente popular posible. Pero opino que se pueden emplear con discreción esos términos académicos, rebuscados o desconocidos, tratando de hacerlos familiares y aplicándolos de manera que fácilmente se definan y presenten ellos mismos por sí naturalmente, y no que tengamos que preguntar al diccionario quiénes son, interrumpiendo repetidas veces la lectura, salvo que

los orillemos por innecesarios y como obstáculos impertinentes.

La clara determinación de lo que queremos decir y la brevedad — la concisión, en una palabra — es cosa muy laudable en literatura.

Es deplorable, en muchos buenos y bellos trabajos literarios, algo que sobra allí, algo innecesario, que se puso para hacer más extenso el trabajo y para la triste justificación de lo que han de pagar por él, o por una flaqueza o vanidad del autor que hace gala de erudición y lecturas, extendiéndose en citas y consideraciones.

Ya sabemos que no se puede escribir para todos... mejor dicho, sabemos que todos no están preparados para lo que se escribe.

Pero no es el público quien debe llegar al escritor, sino el escritor al público.

Tan es así, que no solamente anhelamos que nos entiendan los que no nos entienden, sino que, en los mismos que sabemos que nos entienden, queremos abrir nuevas entendederas.

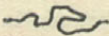
Y de ahí, mi propósito de simplicidad,

sencillez, concisión... de esta manera popular, en ansia de compenetración con el humano que es carne de mi carne y vida de mi vida: con el pueblo!

En la misma carta citada me dice también Unamuno, empleando él mismo la manera popular y breve y concentrado y definitivo:

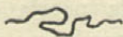
“Sí, en Mallorca descansaré algo, pero para volver a mi lucha. El estado actual de nuestra patria me angustia; nunca he visto un progreso material tan grande unido a una mayor degradación de la personalidad. Con la guerra ha entrado y sigue entrando aquí mucho dinero, pero mucho, y levantan cabeza muchas industrias... ¡pero este lucro está envileciendo las conciencias!”

Y esto también es pueblo y literatura e historia, breve, clara, sencilla, santa y emocionante: “...este lucro está envileciendo las conciencias”.



Inspiración

ANTE algunos trabajos literarios míos, me maravillo: debí tener para hacerlos, una preparación de que yo carecía. Tuve, sí, una lucidez, una vena... En la noche de mi pensar y en la aridez de mi sentir, se hizo una aurora y corrió el agua cristalina de un manantial oculto... ¿De dónde vienes, luz?... ¿De dónde manas, agua?



Puliendo la pedra preciosa

VEMOS complacidos que algunos autores noveles tratan de seguir nuestras indicaciones de sencillez y naturalidad; pero no basta ser sencillos y naturales y hay que atenerse a reglas de retórica y poética para hacer versos (nosotros no hemos visto ni por el forro la "Retórica y poética") o a reglas de buen gusto, por lo menos. Hay que tener oído (oído mental para apreciar ritmo y medida) y hay que tener sentimiento, (sentir la poesía de las cosas) y hay que tener otra cosa muy importante: paciencia y perseverancia para estudiar, para corregir, para pulir... El arte tiene su artificio; pero ha de ser bello y depu-

rado artificio... Una poesía las menos de las veces sale de un tirón... Tenéis que reconcentraros en la sensación que tratáis de dar, (generalmente, sentida por vosotros antes) teneis que sumergiros en vuestra emoción fecunda, en el hondo sentir que os dicta... Y, entonces, cuando sin esfuerzo mental la palabra viene sola a la pluma, fresca como de manantial purísimo, fluida y dulcemente... entonces escribid.

Y cuando hayais escrito, no os precipiteis en envíar vuestros versos a un diario, a una revista.

Cuando hayais escrito, conviene que guardéis el trabajo, dejando pasar vuestra tensión y olvidando, si es posible, los versos hechos. Luego, en fresco, leedlos, repasadlos... Pero entonces procurareis leerlos como lector y no como autor: no buscando la emoción en vuestro interior, sino viendo si de ellos viene emoción como un vivo reflejo... Luego someteréis aquella producción a otras pruebas: La leereis a los ingenios y observareis el efecto. (Creo que era Moliere quien leía sus comedias a la cocinera). Y no defendereis ni explica-

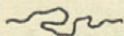
reis aquellas partes oscuras ni, menos, os debeis de consolar con aquello tan socorrido de que no os comprendieron ni penetraron. No es deber de quien lee, sino de quien escribe, la claridad y fácil penetración. Y tened presente que aun de las poco atinadas observaciones del lector, podréis sacar provecho y advertencia.

Y cuando hayáis corregido y pulido vuestro trabajo, habiéndolo dejado antes también condensado y simplificado, y claro, elocuente de claridad, entonces ponedlo en limpio escrupulosamente, corrigiendo todavía algún detalle ortográfico y, ya así, lo podreis dar a la prensa y a la crítica.

Nos mandais versos escritos al volar de la pluma, incorrectos, desaliñados... Algunos traen tachones, cosas ilegibles... Y menos mal los tachones: se ve que os habeis detenido un instante y reflexionado y enmendado...

Hay que tener más calma. Ha de ser fina, afiligranada labor, mis jóvenes amigos, sin perjuicio de la mayor simplicidad. Esa exquisita simplicidad pedida es la poesía,

y la poesía es cosa sublime y delicada que necesita sentirse y, cuando ya la sentimos, es como piedra preciosa que necesita del más paciente y fino artífice para labrarla y pulirla hasta que la piedra preciosa brilla con todo su valor.



Comienzos

MIS jóvenes amigos, autores noveles, y entre vosotros algunos que me llamáis maestro:

Maestro ¿quién?... ¿de qué?...

Llamadme amigo, nada más, y me dejaréis más complacido.

Ved la historia de éste que llamáis maestro, y animaros, si teneis un sentimiento vivo y una intuición fuerte del arte... Estudiad!

Yo tuve unos comienzos de pésima iniciación. Fué mi principio mil veces peor que el principio de vosotros.

Hasta la edad de treinta años, literariamente, no hice nada que mereciese la pena,

y hasta entonces, ni me publicaban nada en la gran prensa, ni me conocía nadie. Hasta ese tiempo publiqué en los periódicos de mi provincia algunas cositas insignificantes, y me conocían solamente en mis aficiones de poeta los cuatro amigos de nuestra peña "El Abanico" en el "Café de la Marina" de Cartagena.

En aquella época publicábamos nosotros un semanario titulado "¿.....?" Hacíamos una tirada de doscientos o trescientos números que nos costaba unas quince pesetas. A pesar del pequeño presupuesto, nos íbamos a la quiebra. Entonces yo tomé las riendas de la administración, puse a mis hermanitos de repartidores, y el periódico pudo sostenerse. En aquel papelito mis amigos y yo decíamos muchas barbaridades... verdades de jóvenes inexpertos o sea no envilecidos, no prostituídos por la hipocresía social. Y en aquel tiempo fué el conflicto de España con Norte América por la voladura del Maine. Nosotros opinábamos contra aquella guerra... Eran ganas de arruinar más la patria y de sacrificar estúpidamente vidas de pobres solda-

dos... Nuestro periodiquín era un peligro de tentación para decir cosas semejantes y, miserables cómplices nosotros también de la mentecatez nacional, cómplices en el pusilánime silencio, decidimos asesinar al pobre periodiquín... Aquel periodiquín valiente que había dicho muchas atrocidades, y que sentía tentaciones de decir aquellas otras barbaridades de la pobre patria ciega llevada a otra guerra estúpida...

Pues en la “¿...?””, en aquel periodiquín, yo dí las primicias de “Murria y de “Cansera”, el alma de aquella tentación de decir barbaridades...

“Por esa sendica se marchó aquel hijo que murió en la guerra...”

Y la tentación me ha seguido y me sigue: toda mi obra no ha sido más que aquel grito contenido, reventando unas veces, las más, en sollozos y quejas tristísimas, y otras en explosiones y gritos de ira justiciera.

Hasta los treinta años, como digo, no escribí nada que mereciese la pena. “La primera producción”, drama en tres actos y

en verso (¡más de diez mil versos!) fué mi primera obra seria. Gracias que me puse serio y la quemé. Estuve, al quemarla, verdaderamente inspirado. Aquel dramón era una terrible indigestión de obras de Echeagaray, Leopoldo Cano y otros grandes y aplaudidos autores de la época.

Escribí también una pieza cómica en un acto, titulada "Los cambios", mil veces peor que el drama. Lamento siempre que el manuscrito fué de un amigo a otro y lo perdí, no pudiéndolo quemar también. ¡Ay de mí, si apareciese!

Antes de esas obras dramáticas, mientras estuve en Filipinas de cabo de Infantería de Marina, escribí composiciones muy levantadas: "¡Fuera los frailes!", "¡Unión, republicanos!", "¡Libertad!" y otras... pero ¡Dios mío, todas en octavas reales!...

Mal se avenían aquellas ideas republicanas con los ripios reales de las octavas, y quemé todo aquello, luminosamente aconsejado por mi amigo José García Vaso, que ha sido mi padre espiritual literario, así como Azorín (José Martínez Ruiz) fué des-

pués mi padrino de pila literaria, dándome nombre, con dos artículos elogiosos en "El Progreso", que fueron los primeros en que fuí proclamado poeta y autor dramático, ante el gran público.

Pero hay algo más terrible

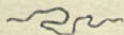
Más al principio de mis comienzos, casi en mi edad de piedra, (el ripio lo justifica), yo leí la "Vida de Cervantes", por Fernández y González, me parece, y, entusiasmado, le escribí un soneto a Cervantes... ¡Ay de mí! No fué lo malo escribirlo, sino que lo pegué con obleas en la tapa interior del libro y Dios sabe por dónde andará aquel soneto... Ahora para el centenario del pobre Cervantes, vendría bien hallarlo y, junto con tantos otros tan alevosos que le dedicarán, quemárselo en ofrenda...

Treinta años más tarde, ya aquí en América, cuando ya había demostrado yo tener un poco de juicio literariamente, volví a la locura del soneto. Y ¡triste de mí! no fué un soneto, sino tres con los cuales agredí ¡yo me confieso! al ingenuo y simpático Juan de Garay. Pero él me lo perdonará porque, la verdad, los sonetos (pedían tres sone-

tos) los hice por ver si me ganaba el premio de unas cuantas monedas de a cinco duros que ofrecían en Santa Fé y, además, para desagraviarlo, y de "yapa" (o de ñura, que diría yo en la huerta) puse en verso, o en solfa, la carta que el fundador de Santa Fe y de Buenos Aires le escribió al Rey de las Españas.

Y sin chacota: la adaptación de esa carta me salió bastante bien pues, gracias a no meterme en honduras de sonetos, ni siquiera de consonantes, está la carta casi fielmente copiada. Puede cotejarse con su original en el Archivo de Indias, en Sevilla o en la obra de Cervera, tomo II.

Con todo esto que os cuento, jóvenes autores noveles, quiero alentaros. Mi historia humilde es la historia de muchos grandes artistas que alcanzaron gloria... Los que la alcanzaron muertos, nada de ella supieron... Pero, en cambio, tampoco saben nada de ella los que la alcanzan vivos. porque ¿qué es la gloria?



Entendimiento y estilo

ESTAMOS encantados y copiamos lo que sigue, de dos libros de Azorín:

“Acaso, sobre basto papel, con borrosos tipos, veremos estampado un pensamiento sencillo, natural, de un hombre ignorado que un día se puso a escribir sin saber nada.

... el pensamiento puede quedar expresado en forma afectada y laberíntica—sugestión de grandes autores;

...¿Qué hacer: despreciar estúpidamente como un hombre superior, a todos estos toscos lugareños que le rodean, con los que ha de tratar todos los días, o bien acomodarse

con ellos discretamente, no pidiendo a un pobre palurdo que sea un Vives o un Erasmo, tratando, sí, de sacar de estas gentes todo el partido posible, atendiendo a la perspicacia de sus luces naturales?"

"Nunca me he adherido tan tenazmente a mis pensamientos — escribe Bejarano Galavis—que no haya retractado con gusto el error a la primera ocasión que se me ha hecho conocer?"

.....
Amaba Montaigne más un entendimiento sin cultura, sin erudición, sin fárrago de libros, pero claro y preciso, que otro cargado de aparatosa balumba libresca, pero fuliginoso y deslabazado

.....
Lo mismo viene a proclamar nuestro Bejarano Galavis. "El estudio—dice—da noticias y ministra especies con que se hacen varios discursos que sin ellas nunca se harían. Esto no admite duda; pero... los libros no dan entendimiento."

.....
"Siendo cierto que la organización o temperie no es alterada por el estudio, incapaz

de hacer semejante alteración, y más incapaz de mudar la entidad substancial del alma".

Lo que importa es tener inteligencia. "El rudo siempre es rudo".

Un labriego sin erudición alguna, podrá ver las cosas de un modo más claro y preciso que otro que tenga mucha.

...¿Que cómo ha de ser el estilo? Pues el estilo... mirad la blancura de esa nieve de las montañas, tan suave, tan nítida; mirad la transparencia del agua de este regato de la montaña, tan limpia, tan diáfana. El estilo es eso.

...
"La claridad—dice Bejarano Galavis—es la primera calidad del estilo. No hablemos sino para darnos a entender. El estilo es claro si lleva al instante al oyente a las cosas, sin detenerle en las palabras". Retengamos esa máxima fundamental: **Derechamente a las cosas.**

“La cualidad de simple, en punto a estilo, no es término de desprecio, sino de arte”.

.....
“Más vale ser censurado de un gramático que no de no ser entendido”.

.....
La única afectación excusable será la de la claridad. “No basta hacerse entender; es necesario aspirar a no poder dejar de ser entendido”.

“Un pueblecito”, páginas 19-27 a 31 y 48, 49, 54 y 52.

“Noto en mí un sosiego, una serenidad, una clarividencia intelectual que antes no tenía. ¿Es la experiencia? ¿Es la decepción de los hombres y de las cosas?... En el fondo me es indiferente todo. Y la primera consecuencia de esta indiferencia es mi descuido del estilo y mi desdén por los libros. Yo creo que he sido alguna vez un escritor **brillante**; ahora, en cambio, con la sencillez en la forma, he llegado a poder decir todo

cuanto quiero, que es el mayor triunfo que puede alcanzar un escritor sobre el idioma. El estilo brillante hace imposible esto; con él, el escritor es esclavo de la frase, del adjetivo, de los finales... Además, y esto es lo más grave, se tiene prevención contra las palabras humildes.”

“La Voluntad”.

De Bejarano Galavis, de Azorín. Esta es mi lección de hoy, a la que no he de añadir ni quitar nada. Esta es lección tan fina y tan en lo justo y discreto, que os la quiero dar a la vez que yo la tomo.



Erudición

No queremos que por nuestra erudición juzguéis la de los demás; pero aunque veais llenas, y hasta plagadas, de citas, nuestras producciones no creais que son producto de copiosas lecturas, ni del estudio y repaso de buenos libros. Leemos poco... pasamos la vista por algunas revistas y periódicos... escasos libros se ven en nuestras manos... Si leyéramos cuanto es nuestro deseo, no tendríamos tiempo de escribir. También tenemos miedo de leer, porque nos lo asimilamos todo muy fácilmente... A veces nos basta leer una página de cualquier obra o tener de ella la breve referencia de un crítico, para que al escribir nosotros ya notemos la influencia de su tendencia o estilo.

Y la gente puede pensar que somos unos

profundos eruditos, como lo hemos creído nosotros de otros escritores, cuando en realidad no conocemos la mayoría de los libros ni por el ferro.

Yo le mandé a Unamuno mi drama "La sombra del hijo" y me dijo Unamuno, en una carta, que bien se conocía que yo había leído mucho a Maeterlinck... Y yo no tenía otras noticias de Maeterlinck que una alusión de Azorín que lo recuerda hablando del misterio y el alma de las cosas.

Ahora estoy escribiendo un libro con el subtítulo de "Historia de la guerra", pues bueno: Yo no leo nada de la guerra desde hace unos meses y me avió con preguntar lo más saliente a un portero vecino mío que se lee todos los diarios de cabo a rabo.

Y es que no consiste la erudición precisamente en ser un ratón de biblioteca, ni en ser un memorión, pues no hay mejor memorión que un libro de memorias...

La buena erudición es la que sabe depurar y aplicar oportunamente unas cuantas cosas que, al fin y al cabo, son el fundamento de todo en esta vida.

Lectura

ESTAMOS en la edad madura, somos escritores, hemos leído muy poco en nuestra vida... En nuestra juventud, mejor diríamos en nuestra adolescencia, hemos leído unas cuantas novelas, algunos versos... luego, casi nada. Nos hubiese gustado leer, teníamos ansia de ello, pero nos faltaba tiempo. Habíamos de ganar el pan con trabajos prosaicos, y en los pocos ratos libres, entre el deseo de leer y el de escribir, vencía y vence siempre este último. Es en nosotros la lectura, un deseo... y el escribir, una necesidad.

Ahora, a la bien pasada mitad de nuestra

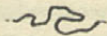
vida, comenzamos a leer... Y, bien considerado, lo que hacemos es releer: leer lo de otros comparando lo que hemos escrito... Releemos y repasamos lo nuestro auxiliados por ajenas lecturas.

¿Nos ha perjudicado, o nos ha beneficiado el haber leído tan poco? No lo sabemos.

Recordamos algunos amigos nuestros que muy jóvenes ya habían leído mucho y tenemos la impresión de que eran unos jóvenes avejados... ¿Nuestra ingenuidad, este algo infantil que nos caracteriza, la frescura de juventud que notamos en nuestro espíritu, es porque no estamos picados de la polilla de los viejos libros?

Dice Emerson:

“Parece que venimos al mundo para perturbar el optimismo de la Naturaleza”.



Bohemia ideal

Yo he soñado una bohemia deliciosa... no la bohemia degradada, condenada a perecer en su abandono absurdo y en su indolencia moral y material.

La bohemia que yo he soñado no bebe ajenjo, ni casi fuma en pipa... Esta bohemia mía es sobria, pulcra con menosprecio de atavíos ridículos en el vestir y laboriosa y ordenada.

Me diréis que entonces no es bohemia: Sí lo es, porque la bella bohemia que yo he soñado no tiene su base en despreocupacio-

nes puramente exteriores, sino en despreocupaciones interiores y muy hondas del pensamiento y del espíritu.

Claro que esas despreocupaciones o carácter bohemio se exteriorizan en algunos rasgos y detalles; pero lo esencial es la amplitud de ideas y el idealismo de vida artística y generosa, llevados a la práctica, haciendo un culto, no violento, sino perseverante, de la libertad absoluta, de la tolerancia, de la independencia de carácter...

Y esta bohemia no es un imposible.

Hay mujeres y hombres que hacen una vida ordenada y laboriosa, de estudio y de especulaciones artísticas e intelectuales, que son verdaderos bohemios y que sueñan con el encanto de esa deliciosa bohemia con que yo he soñado y con que yo sueño todavía.

A estos bohemios sin melena y sin decadentismo, les gustará encontrarse y fraternizar. Y será para ellos realización de su ideal: reunirse en amistosa concordia, hacer juntos en grata camaradería viajes y excursiones, tener un centro de reunión, hacer una revista, dar conciertos y veladas intelectuales y artísticas, celebrar exposi-

ciones de sus cuadros, de sus dibujos, de sus esculturas...

Tienen límite y trabas y mordaza las ideas, y las nobles inclinaciones espontáneas en los salones y tertulias de la vida social, sin perjuicio de que en la sociedad se practiquen bajo capa sin la nobleza de la franca sinceridad, los más extremos radicalismos.

Tendría la bohemia que yo sueño la aspiración de ennoblecer y satisfacer el acto libre y el ideal libre y bello.

La mujer inteligente e instruida aspira al feminismo en su pura y redentora acepción: emancipación de la mujer. Es un anhelo legítimo. Son los mismos hombres los que debían proclamar esta emancipación absoluta de la mujer, porque sería en beneficio de ellos. Con motivo de la guerra la mujer ha probado su total competencia para cuanto desempeñan los hombres. La organización social con diferencias en derechos y deberes, por ser mujeres o por ser hombres, es inicua. La mujer sigue esclava; el matrimonio legal la somete ignominiosamente; la mujer en el trabajo es menospre-

ciada aunque supere al hombre; el hombre posterga a la mujer contribuyendo a que ella misma dude de su eficacia y suficiencia... esto viene de relegarla a la ociosidad, a la molicie, al placer, y a la más necia vanidad: la del trapo. La exclusiva y moral destinación de la mujer para el hogar, ya no va teniendo razón de ser tampoco; la vida cambia.

El mundo se precipita a un comunismo racional; la vida próxima tendrá que ser de cooperación armónica en todos los humanos, en todo el mundo. La vieja familia con sus razas distintas, con sus continentes aislados, con sus naciones, con sus religiones mismas, va a la desaparición, para constituir la nueva y universal familia.

Este y otros temas tan cautivadores, caldea la bohemia que yo sueño en una salita donde se planea una revista de ensoñadores ideales... donde conviven espiritualmente vidas que alborean y vidas en el gran mediodía y en el ocaso... donde las edades y los sexos se confunden y cambian en la niveladora e indefinida edad de los espíritus... donde hay quien sueña dibujando

sobre el papel con rasgos sutiles como el pensamiento... donde quizá el barro vil, moldeado por divinos dedos, toma formas inmateriales... donde las notas de un violín dejan en las almas una luminosa estela... donde se leen versos calladamente como recitaciones de un culto sagrado...

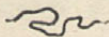
Propongo a los que comulguen con ideas como la que acabo de exponer, la formación de un minúsculo centro de "Bohemia ideal".

Basta una salita con una gran mesa, una librería y dos docenas de sillas.

Me dirijo a hombres y mujeres artistas e intelectuales, pues esta simpática reunión bohemia será de ambos sexos.

Y este centro de "Bohemia ideal" no se propondrá resolver nada, ni llevar a cabo nada programizado...

Nos reunirá (a estilo de aquellos rincones de café de concurrencia de artistas bohemios) el gusto de convivir unas horas en el ensueño y de charlar de cosas divinas.



Teoría de simplicidad

INSISTIMOS en nuestra teoría de simplicidad en literatura.

Y en esta preceptiva de simplicidad es donde más cabe una literatura femenina, candorosa, clara y sencilla.

Una de nuestras amigas, Helia Irisada, nos relató el asunto de "En peligro" (Letras N.º. 17) tal y como allí aparece.

—¿Por qué no lo escribe Vd.?

—Es muy difícil.

—Escríbalo tal y como nos lo cuenta.

No pudimos vencer su timidez y, puramente copiando su relato lo dimos a la estampa.

Esto la animó y, siguiendo nuestro consejo, Helia Irisada ha escrito ya algunas cositas.

La primera de estas producciones, "El vestido de estrellas", es como agua cristalina, clara, fresca...

Opinamos que más valen estas cosas naturales e ingenuas en su humilde simplicidad, que no la retorcida y falsa literatura pretenciosa que tanto abunda.

Hagamos un cantar breve que engarce un estado delicado de nuestro espíritu...

Escribamos una página confidencial, de sencilla manera, que retenga un poquito de luz de nuestra vida o que encuadre una escena viva, un paisaje, un suceso real...

Y, lentamente, sirviéndonos de honesto solaz y de noble entretenimiento, escribamos páginas sencillas en las que recojamos la frase viva y el sentimiento vivo.

Véase como muestra el cuentito de Helia Irisada.

EL VESTIDO DE ESTRELLAS

No sé cómo empezar a contar un deseo

grande, que sentí una vez, de tener un vestido.

Siendo yo muy jóven, tenía una prima de mi misma edad, con la que me trataba bastante.

Algunos domingos paseábamos juntas y, entonces, hablábamos de vestidos.

Uno de estos domingos, mi prima me contó que su madre le había comprado un género muy bonito para un vestido.

Yo le pregunté cómo era y entonces me dijo que era blanco con estrellitas.

Desde ese momento yo empecé a pensar en el vestido. Me lo imaginaba de un género fino y transparente, salpicado de estrellitas menudas y delicadas. Sentí un deseo tan grande de tener un vestido igual, que le pedí a mi madre me comprase otro a mí; pero mi madre me contestó que no podía comprármelo. Entonces mi deseo se fué avivando, tanto que se me ocurrió la idea de tomar dinero del que mi madre tenía para el gasto de la casa.

Cada día le quitaba un poco, para que no lo notara, y lo guardaba debajo de un baul en una habitación que yo era la

encargada de limpiar. Todos los días recontaba mi dinero; llegué a juntar hasta doce reales...

¡Pero (¡adiós mi dinero!) qué susto me llevé cuando un día, como de costumbre, fuí a recontar lo sisado! No encontré ni un céntimo!

Todo el día lo pasé triste y preocupada. Yo esperaba que mi madre me riñese mucho, pues me figuraba que era ella la que me había encontrado la pacotilla. Sucedió así, pero no me reprendió.

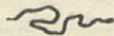
Mi madre me habló con mucha dulzura y me aconsejó que no volviera a hacer eso otra vez. Me dijo que ya tendría vestido si Dios quería.

Pasados unos días, fuí a casa de mi prima, que me recibió muy contenta y me dijo que su madre al comprar su vestido había comprador otro igual para mí. Sacaron el género para que yo lo viera, y fué tan grande mi desilusión, que no sabía qué decirles.

El dichoso género era todo lo contrario de lo que yo me imaginé: grueso, ordinario y, para hacerlo más feo todavía, las estre-

llas eran grandotas de color de chocolate y tenían como un botón amarillo en el centro.

Este ha sido el vestido que más a disgusto he llevado en toda mi vida.



Normas

OBJETO

NUESTRA vida debe tener un objeto; si no lo tiene, tratemos de dárselo... Y sea objeto de ilusión... Pero si no lo fuera, aceptémosle vulgar, prosaico...

La cuestión es no llegar a la triste pregunta de "¿Qué hago yo en este mundo?"

CONQUISTA

Trata de conquistar: primero tu salud... luego tus nervios, tu mentalidad, tu sentimentalidad...

En una palabra: Tratemos de conquistar-nos a nosotros mismos y habremos conquistado el mundo...

Porque no tendremos nada si no nos tenemos a nosotros.

MANERAS DE LUCHAR

Si tú luchas negando,
yo lucho concediendo.

EQUILIBRIO

Cuidemos nuestro equilibrio físico y moral.

Nuestro enojo se produce más por nuestro estado anormal, que por las causas exteriores a que lo atribuimos.

Por eso, motivos iguales unas veces nos alteran y otras veces no.

Persuadidos de que esto es así, cuando nos enojemos, cuando nos alteremos, cuando nos enfurezcamos, trataremos de hacer entrar en caja nuestros nervios y, más que de las causas exteriores, nos cuidaremos de nuestro estado de salud moral o física.

Siempre que nos veamos alterados, haremos bien en desconfiar de nosotros, pues

somos nuestro peor enemigo y consejero,
y procederemos perfectamente propinán-
dos una ducha fría y metiéndonos en cama,
porque toda persona alterada está enfer-
ma de peligro.



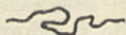
~

Fino manjar

CUANDO sólo contempláis un hermoso cuadro, una estatua, un paisaje espléndido... cuando leéis una página selecta o escucháis un trozo de música magistral... en una palabra, cuando, admirados ante la belleza, el entusiasmo provoca vuestra ilusión y sentís el noble impulso de aplaudir, de encomiar, de hacer una corona de alabanzas, no habéis sentido la triste melancolía de hallaros solos en el espectáculo, en aquel momento de férvida devoción?

Sí, nosotros si hemos sentido esa triste melancolía, y por eso sabemos estimar en lo que tiene de regalado y fino, aquella

persona culta y distinguida en el más puro sentido de la palabra, con la que departimos de vez en cuando, y sabe sentir y compartir nuestras aficiones intelectuales y nuestros entusiasmos artísticos. Todos los días no saboreamos un manjar exquisito, ni todos los días tenemos el placer de gustar de la amena conversación de una de estas personas de fina mentalidad, de sentimiento delicado y de trato exquisito, manjar sin comparación.



No tan satisfechos

PODEMOS ser buenos y tener nuestra conciencia tranquila, a la vez que irreflexivamente, molestamos a los demás por error apasionamiento o torpeza.

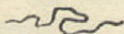
No nos baste la conciencia tranquila.

Como el buen marino, rectificaremos constantemente el rumbo y echemos la sonda...

El "Yo me pensé" o el "Me dijeron", acusan ligereza de carácter.

Veamos por nuestros propios ojos y reflexionemos.

Si nosotros mismos nos engañamos frecuentemente, no es extraño que nos engañen los demás, sin darse cuenta y aun con la mejor intención.



Lamentable avispamiento

AMENUDO cuando procedemos ingenuamente, con noble y generosa espontaneidad, solemos exclamar pesarosos:

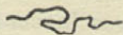
“¡Somos niños, somos inexpertos, somos cándidos!”

Y cuando, tristemente, aceptamos teorías de amarga decepción y maldad, nos congratulamos envanecidos de nuestro avispamiento:

“¡Oh, ya no somos tan niños, tengan cuidado!”



Quisiéramos ser niños siempre y que nadie tuviera que temer de nosotros.



La inocencia

BIEN probado está que hay viejos que son niños, y niños que son viejos.

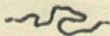
No invoquemos la menor edad como testimonio de inocencia.

Hay candores inocentes con cabellos blancos, como hay también almas infantiles que nacen ya en la senectud.

No arrancamos nada a la inocencia. La inocencia, sin reflexión pecaminosa, sirve la voluntad de Dios. De los gritos de mi alma nunca me arrepentiré, lleguen a donde lleguen.

No deseemos que desaparezcan los rastros de la espontaneidad noble y pura.

Es lo que puede quedar de nosotros: ¡la estela blanca y purísima de nuestros actos y de nuestras palabras inocentes!



Los hombres y las plantas

EN la guerra han sido arrasadas grandes y ricas comarcas, feraces y pintorescas, que eran verdaderos edenes y jardines... No queda un árbol, ni un arbusto, ni una florecita...



Dice Santiago Rusiñol al hablar de los jardines de España:

... "los jardines son el paisaje puesto en verso, y los versos escritos en plantas van escaseando por todas partes... los hombres ¡ay! ya no están para poesías"...

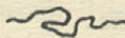


Es verdad: ¡Qué pocos árboles se plan-

tan! (a pesar de la universal fiesta del árbol). ¡Triste carencia de jardines y de arbolados! ¿Para qué trabaja febrilmente la ciudad? ¿Cuál es el ideal de estos hombres?



Sí... De vez en cuando, vemos que son arrancados los pocos árboles que sombrean algunas calles... Estos árboles bellos estorban al tráfico mercantil y a la mentalidad de algunos hombres...



La crisis del papel

LOS que habeis adquirido la costumbre de escribir y de retener y guardar como un tesoro vuestras depuradas ideas y vuestras más finas emociones, ¿habéis imaginado lo triste que sería para vosotros el que os privasen de los medios para recoger y guardar esa preciosa cosecha?

¿Habeis pasado por la melancolía de un bello pensamiento que se os borra o de una sensación exquisita que fugaz se desvanece?

¿Y qué me diríais del dolor de imaginar todos vuestros pensamientos y todas vuestras emociones, como floración espléndida que se deshoja y se pierde en un jardín solitario, sin que haya una mano que reco-

ja las abundantes flores?

Pues algo de ese dolor sentimos cuando nos informan de la crisis del papel y de la dificultad para las impresiones... Sin libros, sin periódicos, ¿cómo recogeremos lo más divino del alma humana; el pensamiento y el sentimiento?



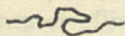
Hemos experimentado siempre una emoción delicada ante una inmaculada cuartilla de papel: ¿cuál de nuestros más finos pensamientos estamparíamos en ella? Como un delicado obsequio, hemos aceptado muchas veces un fajo de cuartillas blancas... Y ante unas limpias cuartillas blancas, rara vez no sentimos una fluída y fresca inspiración...



Por eso la crisis del papel nos torna melancólicos (¡adoramos el papel!) y como una madre que, no disponiendo de cosa mejor, prende a su niña un limpio delantal, nosotros presentamos nuestra revista (Letras

1917) con el más humilde de los papeles.

Bien mirado, ni la niña perderá de su belleza y virginal encanto, al presentarse con el sencillo delantal, ni tampoco nuestras ideas perderán de su emoción y ternura, al aparecer trajeadas tan limpias como pobremente.



De la claridad

y de la sencillez

HABLAMOS y escribimos para que nos entiendan.

Tenemos el deber de decir las cosas claras y sencillamente.

Lo claro y sencillo lo entenderán todos.

Y todo se puede decir clara y sencillamente.

No nos vengan los embolicados sabios con que es cuestión de entendederas.

Más bien creemos que ha de ser cuestión de explicaderas.

En matemáticas, como en metafísica, todo se puede reducir, por elevado que sea, a fórmulas claras, sencillas, comprensibles.

Hay cerebro que emite y cerebro receptor.

El trabajo del cerebro receptor es de simple impresión y rara vez no comprende, siendo la emisión bien hecha.

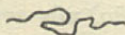
El activo, fuerte y cuidadoso trabajo ha de estar en el trabajo del cerebro que emite. La emisión del pensamiento impresionará claramente si es una imagen nítida.

No iremos contra los que no entienden, sino contra los que se explican mal.

No nos lamentemos de la ignorancia de los que no nos entienden.

No se trata de ellos: se trata de nosotros que no sabemos hacernos entender.

Los maestros y escritores han de formarse en el exquisito arte de hacerse escuchar o leer con gusto, de ser fácilmente comprendidos y de presentar las cosas, por algebráicas o metafísicas que sean, claras y sencillas, como un inocente A. B. C.



El modelo

SI, sí, maestritas, luminosas amiguitas mías, ya os veo en clase: Habeis llamado a Luisito, el chico más listo y bueno, y lo habeis presentado ante los demás.

“Aquí teneis — habeis dicho — un modelo de aplicación, de bondad, de docilidad... Habla, Luisito; dí esto, dí aquello”...

Y Luisito, como un pequeño lorito mimado, ha dicho monadas y ha contestado todas las preguntas, y hasta ha cantado.

Y habeis seguido, mis severas maestritas, diciendo a los niños:

“¡Lo han visto ustedes, señores haraganes? Luisito lo sabe todo; no es como ustedes que son desaplicados, pícaros y desobe-

dientes. Sírvales de ejemplo este niño modelo y avergüéncense!”

Y vosotras, maestritas de mi más dulce afecto, habeis premiado a Luisito y lo habeis besado y colmado de alabanzas, ante los otros pobres desafortunados, humillados y entristecidos niños.



Pues bien, amiguitas mías, yo no estoy conforme con eso; yo hubiese presentado el modelo de otra manera. Vereis.

Yo hubiese llamado al estrado al niño más desafortunado de la clase y, acariciándolo dulcemente, hubiese dicho a los otros niños:

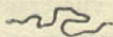
“Hijos míos: aquí teneis a este pobrecito; compararos con él y vereis qué afortunados sois. Vosotros teneis la inteligencia despejada y a él le cuesta mucho trabajo aprender las cosas. Vosotros llevais buenas notas y premios a vuestras casas y él sufre penitencias. A vosotros os miman vuestros padres y a él le suelen reñir los suyos. Tened presente, niños, que el nacer ignorantes

no es culpa, sino desdicha; y tened presente, niños, que los que habéis sido favorecidos por una clara inteligencia, ya teneis con ello tanta gracia que, en justo reconocimiento, debéis ser generosos y bondadosos y sencillos y humildes con los ignorantes.”



Este hubiera sido mi modelo, maestritas delicadas, jardineras del jardín humano, encomendadas de guiar los tiernos arbolitos de los nuevos planteles.

¡Pobrecitos los torpes, los desaplicados, los descuidados, los abúlicos!... ¡Entonces es cuando hace falta la dulce atención, la delicadeza, la cultura exquisita que habéis atesorado al prepararos para vuestra misión de educadoras, que es la más noble de la vida!



El premio por castigo

ME sugirió la idea aquella joven maestra. Y ella no se dió cuenta.

No se dió cuenta porque en ella no era una idea sino la acción espontánea de su naturaleza bondadosa.

Un día se hablaba de la maldad de unos chicos y ella saltó sin reflexionar:

“Parecen más malos porque son más francos”.

Ella disculpaba siempre lo mismo a los traviosos que a los apáticos: “Es la naturaleza — decía — son fuertes.” O bien, con-dolida: ¡“son débiles!”



Por fin un día observé, admirado, su manera de corregir a los chiquilines rebeldes.

Y por cierto que ella ni se daba cuenta de su propio procedimiento originalísimo:

Un chiquilín había hecho no se qué de malo. “Ven aquí — le decía acariciándolo tiernamente. — ¡Verdad que tú no querías hacer eso? ¡Verdad que tú no sabías que era malo? Mira: yo te digo que eso es malo, para que no lo hagas más.”

A los niños desatentos a las explicaciones los atraía mimosa y les daba estampitas y golosinas, y, estableciendo un pugilato infantil con los aplicados, decía: “No se crean, ustedes solos, aplicados: ellos también lo son y verán ustedes cómo mañana saben mucho y están atentos.”

A veces, algún chico de la piel del demonio, se le rebelaba abiertamente y, en ese caso grave, ella sonreía maternalmente y encarándose con los más buenos, que la comprendían de corazón a corazón, les decía fingiendo enojo:

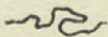
“Algo le han hecho ustedes al chico... porque él no es malo”. Y, si conseguía atraparlo, lo colmaba de besos y de caricias.



Jóvenes maestras: con el ejemplo de Cris-

to, no nos piden a todos que seamos Cristos.

No os pido yo que seais como aquella inefablemente dulce joven maestra de mis imaginaciones... pero sí que, como a Cristo tratamos de imitarlo, la imitéis.



La pareja ideal

Consolidemos el amor y el hogar procurando que el hombre y la mujer trabajen juntos.

ACEPTANDO ideas extremas, parece que no es el matrimonio la felicidad: lo combaten la justa y pretendida emancipación femenina, la suspirada libertad de afectos naturales, y fuertes razones económicas.

Pero si el matrimonio generalmente no es la felicidad ¿podrá ser la felicidad aquello que es contrario al matrimonio?

Después de mucho leer, reflexionar y observar la vida directamente, llegamos a la siguiente conclusión:

No hay más camino de bien, de amor, de felicidad entre el hombre y la mujer, que la unión y la formación del hogar.

La felicidad y sus bellas aproximaciones las produce la cultura de la inteligencia y del sentimiento.

Sin esa cultura, las libres costumbres son libertinaje.

Con esa cultura se sanciona y se santifica aun lo más triste y lamentable.

La cultura de la inteligencia y del sentimiento predisponen a la vida ordenada, serena e idílica del hogar.

Pensamos por lo tanto, que no se trata de un problema social a resolver con organizaciones y libertades legisladas.

Pensamos, contrariamente, que se trata de un problema de cultura.

Hablamos al corazón y a la sensatez.

Ahora bien:

A base de esa cultura, preconizamos la mayor libertad: unión libre y lazos y obligaciones y derechos exclusivamente afectivos.

Resuelta nuestra teoría en un sentido práctico y realizable decimos:

Búsquense mutuamente, para la unión li-

bre y formación del hogar, hombre y mujer, haciendo muy principal objeto de su aspiración, en el sér elegido, la bondad, la dulcedumbre, la sensatez.

Puede haber muchos casos de amor **creado**:

El dulce trato, la armonía espiritual, las comunes aficiones artísticas y la alegre y leal camaradería, **pueden crear amor...** y amor dichoso en deleite y en constancia.

La higiene, la pulcritud y el orden, pueden ser belleza y encanto en la más humilde choza.

La discreción y la honestidad hacen de la más pobre mujer un dechado.



Pensando en estas cosas ha brillado en nuestro pensamiento, como una estrella, una idea redentora:

La pareja ideal: el hombre y la mujer unidos en el amor y el trabajo.

La pareja amorosa trabajando, sin separarse, en el taller, en el colegio, en el escritorio, en la tierra...

Hay muchos ejemplos casuales de estas

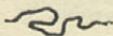
amantes parejas, generalmente unidas, muy felices.

Hágase costumbre el que estos esposos trabajen y convivan juntos la mayor parte del tiempo, yendo contra lo que hoy sucede que es al revés.

No será, de este modo, tan pavoroso el problema económico del hogar prolífico, porque entre ambos esposos aportarán más recursos, y, además, la convivencia en una común y constante lucha por la vida, producirá benditos frutos morales y materiales.



La práctica de esta teoría me la imagino más realizable y bella en la pareja ideal del maestro y la maestra, dulce amante pareja en el culto elevado de cuidar la numerosa prole ¡que no otra cosa para el maestro o maestra, han de ser los niños, que propios hijos!



Midamos las fuerzas

de los niños

SI teneis a vuestro cargo una sección de ejercicios físicos y en esta sección varios niños a los cuales educáis, suponemos que, conforme al desarrollo y fuerza de cada uno, será el trabajo que les hagais hacer. No hareis levantar una pesa de diez kilos al que difícilmente puede con la de cinco. Procurareis graduar y desarrollar su fuerza con pesas pequeñas para que llegue a levantar las grandes.

Tampoco el objeto de aquella educación física será el de que puedan los niños le-

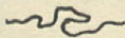
vantar precisamente aquellas pesas. Tendreis por objeto el que los niños se desarrollen y sean vigorosos.

Pues esto que será norma en una sección de ejercicios físicos, pensamos que debe serlo también en todo trabajo de educación.

¿Cómo exigireis el mismo esfuerzo a todos los niños de una sección, marcando una lección de memoria o pidiendo, en cualquier otra cosa, el mismo esfuerzo mental a todos?

Ajustemos nuestro plan de enseñanza a la capacidad y fuerza de los niños: no los atormentemos con excesivas cargas a su memoria ni con explicaciones fatigosas que no puedan soportar. Tratemos de medir las fuerzas de los niños, procuremos su natural y saludable desarrollo y abramos cauce libre a sus energías...

No pidamos rigurosamente que los niños levanten tales y cuales determinados pesos, ni que aprendan fielmente tales y cuales cosas... procuremos ¡eso sí! que se desarrollen saludables y alegres y que sean fortachones y vivos.



¿Qué es la felicidad?

(Bohemia ordenada)

Yo sé lo que te gustan los libros... Yo sé lo que a tu hermana le gustan los buenos dibujos, los finos grabados, los bellos apuntes y reproducciones de obras artísticas en las buenas revistas ilustradas.

Pues bien en este momento yo veo al alcance de la mano esa felicidad de la que tantas veces se dice que es un imposible, que es un sueño irrealizable.

Me imagino que os digo: “¿Queréis venir conmigo?” y que aceptáis.

Salimos a la calle, continuamos nuestra charla de tema inagotable:

—Gorki...

—Oh, sí, Gorki. No determina en sus personajes condiciones morales: no son buenos ni malos.

—Claro!, eso ya lo pensaremos nosotros.

—Nosotros! ¿Pero quién es capaz de determinar lo bueno y lo malo?

Y estas exclamaciones de admiración y juicio, son simultáneas, vivas, entusiastas y, siendo de nosotros tres que caminamos apri-sa por la calle laberíntica de tráfico y gentes, parecen salir de un solo corazón y de una sola boca y en un apartado rincón donde nadie interrumpe aquel divagar exquisito sobre cosas casi intangibles.

Y así llegamos frente a las vidrieras de una librería y nos extasíamos... Guardamos silencio un momento atentos a los nuevos volúmenes... repasamos los títulos... rumorean nuestros labios con religiosidad nombres de autores consagrados, títulos nuevos... parece que rezamos...

—¿Vamos?

—Sí.

Tú te quedas rezagada, rezas todavía, tu devoción es férvida ¡oh melancólica buceadora de espíritus!...

Te apartas al fin con desgano de la alucinadora vidriera...

—¿Pero es que vamos a entrar?

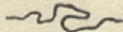
—¡Ah, mejor, mucho mejor! — exclamas —y entramos en la librería.

Ya no eres tú sola la extática: tu hermana desaparece del mundo de los vivos mirando unos sutiles dibujos ingleses, ténues, delicados, preciosos... y tú y yo, cada uno por su lado nos engolfamos en aquella encantadora selva de libros, de autores, de novedades, de antiguos monumentos, de clásicos y vetustos ejemplares, perdiéndonos en los feraces campos del arte, del pensamiento y de la sentimentalidad...

Luego nos damos voces admirados y extraviados en las maravillas de la selva, nos llamamos, nos mostramos aquellos objetos de nuestra admiración.

Al fin cargamos con algo y salimos contentos y felices llegando a vuestra casa donde me despido de vosotras.

Contentos y felices, sí. Tan pequeña cosa ha constituido para nosotros, durante unas horas, la más completa felicidad.



Tenga un objeto

nuestra vida

Trata de no llegar a preguntarte con tedio y con cansancio: ¿Qué hago yo en este mundo?

TUVO temor a revolucionar saludablemente su vida.

Era una chica despierta, sensible... se destacaba de la vulgaridad como un brillantito reluciente en el polvo del suelo...

Y se resignó... ¿a qué? Ella misma lo de-

cía con una triste intuición del porvenir idiota, por falta de valor para sacudir el yugo estúpido de cuatro convencionalismos y de cuatro falsas sensiblerías.

Ella misma lo decía:

“Yo vivo en un mundo tan superficial ¡tan estéril! que más valiera no vivir, que continuar siendo en él un parásito dañino”.

La chica tuvo una buena oportunidad para libertarse de ese futuro fatal, sin alicientes y sin gusto, en que se marchitaría su vida; pero le faltó valor y entereza y se resignó a no sé qué abnegación absurda, ni comprendida ni aprovechada por nadie.

Todavía le quedaba un camino para escapar a la triste suerte de ese porvenir sin objeto... ¡a esa vida estéril, tan lamentada por ella!

La chica tenía aficiones literarias, era de una espiritualidad exquisita, revelada no sólo al hablar, sino en cartas y apuntitos de sus memorias.

Había en ella, indudablemente, una futura e inmediata escritora de fino y depurado gusto y de inclinación netamente femenina por lo tierna y delicada.

“Cultive su afición; — le dijeron — déjese guiar por un buen maestro, seleccione sus lecturas, oriéntese, trabaje...”

No hubiese sido, entonces, la suya una vida sin objeto: hubiese producido delicados cuadros de la vida infantil, por los que tenía predilección... Quizás hubiera llegado a ser esa gran artista y escritora tan suspirada porque apenas existe, la cual nos diese las sutilezas inefables del alma de los niños y del alma de la mujer ingenua y candorosa.

Y en el precipitado ocaso de una vida sin ilusión, no se hubiese hallado marchita estérilmente, como delicada flor que se ve mustia sin haber perfumado manos enamoradas... y tampoco se hubiese hallado llena de tedio y de cansancio, preguntándose desesperadamente: “¿Qué hago yo en este mundo?”

Ciegos y superficiales afectos inspirados en lo vulgar y lo mezquino, presionaron y mataron en la chica las ilusiones, que son la semilla redentora de la vida:

“¡Hombres de talento!... ¡Artistas!... ¡Libros! Déjate todo eso. Diviértete. ¿A qué

tanto insomnio? ¡Qué piensas ¡No pienses más! ¡Os volveis tontos pensando!”

Y llevaron a la chica a veranear a unas playas y le compraron, como un juguete, ¡a ella ya tan vieja de espíritu! una maquinita instantánea para que se divirtiese haciendo retratos y paisajes... ¡Ella en cuyo espíritu todo lo bello quedaba estereotipado!

La infeliz (porque ya era una infeliz, gracias a esos afectos vulgares que nos esclavizan y nos arruinan la vida!) se pasó una temporadita aturdiéndose con las instantáneas y con la sándia galantería de chicos picaflores, que el defecto menor que tienen es el de hacer los gansos y no casarse, pues el matrimonio con ellos (hombres vulgares, soeces o mezquinos) es peor que toda otra solución estúpida de la vida.

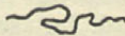
Y aquella chica, que nos fué tan profundamente simpática por sus excepcionales dotes, posiblemente cada día más infeliz, seguirá su rumbo al inminente y precipitado ocaso, haciéndose tal vez, ya la desesperada pregunta:

“¡Qué hago yo en este mundo?”

Mucho pensamos en este caso que, aun-

que aplicable lo mismo a hombres que a mujeres, tiene para nosotros más interés en lo que toca a las mujeres, por su condición de debilidad y de desamparo social; y celebraríamos que estas líneas llegasen por casualidad a la chica aquella, que ya ni sabemos dónde pára, y a tiempo todavía, para decirle:

“Cultiva tu afición; escribe, oriéntate, trabaja... Dale a tu vida un objeto y te habrás redimido”.



Sin camino

CASI al final de nuestra vida hemos llegado a esta conclusión: No hay esperanza de una reforma moral, no existe el mal ni el bien, ni siquiera lo enfermizo y lo saludable... Muchas cosas graves en el orden social son en el orden universal pequeñas cosas de una importancia muy relativa e insignificantes en realidad. La ferocidad y el sentimentalismo, como la inspiración y el talento y la mentecatez y la limitación mental, son caprichosas diferencias de temperamento que ni en la artificiosa vida social tienen suma transcendencia. El mundo vive y vive siglos y siglos pese a lo animal y bárbaro que siga siendo y aun vivirá más cuanto más fuerza bárbara de ciega naturaleza

tenga. Por su condición de eternamente inexplicable, la más poderosa fuerza vital parece ser una imperativa inconsciencia: el supremo “¡Porque sí!”

Llegar a esta conclusión al final de la vida es una suerte porque, mal que bien, ya hemos vivido en la divina inconsciencia.

Pero hoy hablábamos con una mujer de dieciocho años — casi una niña — y nos ha dicho con un dejo amargo: “Yo he llegado ya a esa conclusión”.

Va vestida la joven como todas las que vemos en la calle: una faldita angosta, unos zapatitos incómodos y un canastito de paja encasquetado en la cabeza.

Muchas jóvenes que vemos en la calle, son felices porque sus cabecitas no contienen más ideas que las que caben en aquel canastito de paja.

Pero esta joven nos agrega, repitiendo aquella frase conocida: “Sí, ya sabe usted, hay quien nace con canas.”

Y nosotros hemos visto que en aquella cabecita había algo más ¡mucho más! que lo que suele haber en un canastito de paja.

Y nos hemos imaginado una poderosa lo-

comotora, pronta a partir, con su potente foco de luz y en la negra noche, pero frente a lo desconocido: frente a un valle ignorado (este valle de lágrimas) lleno de montañas, de simas, de ríos, de pantanos, de accidentes y de peligros y de pasos insuperables...

No hay camino en el mundo para los que han de dejarse arrebatar por su sentimiento y por su imaginación; no hay vías ni rieles guías para esa máquina que partirá desenfundada...

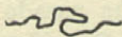
En esta vida inconsciente regida por el supremo "¡Porque sí!" hay que marchar, para no estrellarse, o con pezuñas como mansos bueyes, o arrastrándose como reptiles...

Queda el recurso de volar... Tristemente hemos nacido sin alas... pero en el ansia de volar suelen nacer alas...

¡Oh, niña de la faldita angosta, de los zapatitos incómodos y del canastito encasquetado en la cabeza, ... volemos!...

Cabecita en cuyo canastito hay algo más que un poquito de paja, ya sabes que existe un mundo interior — quizás el único mundo grande y real — en el que podemos

lanzarnos a toda velocidad y remontarnos en nuestros vuelos hasta el infinito... ¡Volemos!



La vergüenza

QUIÉN no ha pasado por los apuros de la vergüenza? De niños, en una visita; de jovencuelos, al querer declararnos a un amor; de mayores, en algunas prácticas sociales...

¿Debemos ir contra ese noble pudor de los niños, contra esa simpática cortedad de los jóvenes, contra esa manifestación delicada de las personas mayores sencillas y prudentes?

Bien que hagamos por vencer en nosotros esa propensión embarazosa que nos hace sufrir, pero respetemos y estimemos en los demás ese honroso bochorno que es noble

hasta cuando lo sentimos por nuestro proceder innoble.

Hasta de los depravados decimos, si toman un aspecto de refrenada osadía y de confusión: "Menos mal; parece que le queda un resto de vergüenza."



En cambio se dice también:

"Quien tiene vergüenza se muere de hambre" y "Ese se morirá de vergüenza en un rincón".



La triste filosofía de la vida nos dirá amargas verdades; pero la indiferencia y frescura de los cínicos y desaprensivos le quita a la vida la gracia de honestidad y de honradez que le dan el respeto, la timidez, la prudencia...

Sí: mejor la vergüenza y la cortedad, que no la osadía y el descaro.



Ridículo y cursi

en lo chic

NO podemos todos saber otro idioma que el nuestro ni, menos, todos los idiomas.

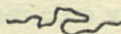
¿Y por qué, entonces, hemos de quedar mal si cuando leemos palabras extranjeras entre las nuestras, las pronunciamos ateniéndonos a lo que la letra dice en nuestro idioma?

O debemos pronunciar tal y como suena en español chapeau, o al intercalar esa palabra entre otras españolas escribiremos "chapó".

La pronunciación del francés es muy conocida, así como la de algunas palabras de

otros idiomas; ¿pero y lo demás?

Vemos cursi y ridículo como chic social pronunciar a la perfección algunas palabras extranjeras, sin poseer en realidad otro que el propio idioma.



Analfabetismo

LA mayoría de las personas aprenden a leer y a escribir y cada día se combate más el analfabetismo en todo el mundo.

Pero aquí viene lo extraordinario: el mundo sigue estando lleno de analfabetos. Porque aprendemos a leer y a escribir para ilustrarnos, para comunicarnos espiritualmente... y esta finalidad esencial la olvidan en gran mayoría los padres, al educar a sus hijos, y hasta una gran mayoría de maestros y piensan, tristemente, que el enseñarse a leer y escribir es para saber manejarse en la vida, en los negocios, en la política... ¡Para saber manejarse y ser lis-

tos en el peor sentido de la palabra!

Y aprender a leer y a escribir solamente para esto, es como no aprender a leer y a escribir y seguir siendo analfabetos.

Hay personas de posición hastiadas y aburridas que les sobra el tiempo y que no toman nunca un libro en sus manos...

Hay muchos comerciantes e industriales que al oír la palabra "libros" piensan que siempre se trata de los libros de contabilidad, porque, para ellos, no existen otros libros.

Y lo mismo sucede con una porción de personas que aprendieron a leer y a escribir y que lo más que leen es la crónica social de un diario o los detalles de un crimen espantoso, o las intrigas y cabildeos de una política asquerosa de chanchullos, de abusos y de explotación del pobre pueblo.

Unos y otros y todos, para esto, mejor que no supieran leer y escribir.

Y verdaderamente estamos como si la mayoría de las personas en todo el mundo no hubieran aprendido a leer y a escribir. Tal es la muestra de una bárbara incultura universal manifestada en guerras de proce-

dimientos salvajes, en revoluciones sangrientas y despiadadas, en huelgas insensatas e inhumanas que más perjudican a los pobres y a los débiles, que no a las fuerzas poderosas y tiránicas del capitalismo endiosado...

Hemos aprendido a leer y a escribir para penetrar el alto pensamiento y el noble espíritu de otros hombres.

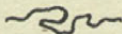
Hemos aprendido a leer y a escribir para aprender otras nobles y elevadas cosas que no son precisamente reglas de contabilidad, ni códigos civiles y de comercio, ni reglamentos de sociedades, ni cosas tampoco de esa política que no tiene más ideales que reventar al contrario o llenarse los bolsillos y cometer toda clase de tropelías.

Hemos aprendido a leer y a escribir para aprender en los libros a ser bondadosos y tolerantes y justos y delicados y sentimentales.

Y mientras los libros en que se aprenden estas cosas no abundan por todas partes y no se vean en todas las manos y no se lean por todos, aunque ya no haya nadie que no sepa leer y escribir, el mundo seguirá es-

ando lleno de analfabetos.

¡Tanto combatir en todas partes el analfabetismo!... ¡Falso analfabetismo! Se sigue viendo en todas partes el verdadero analfabetismo: ¡el analfabetismo descorazonador de la mente y del espíritu!



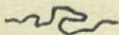
Ante los árboles

EL árbol vive estáticamente, y aun ascéticamente en el erial.

Y el árbol dá sombra, dá un abrigo, dá flores aromáticas, dá fruto, dá la fina madera... y, aun muerto y caído, es leña y calor de nuestro hogar!

¿Se preguntará el árbol, como el hombre, constante y ciegamente, sin ver su objeto en la vida, el fin para que ha sido creado?

Creemos que no: los árboles parecen seres superiores que nos brindan su ejemplo.



Fantasia de las flores

¿QUÉ tiene de misterioso y confidencial el perfume de las flores?

¿Qué dice a nuestro espíritu el perfume de las flores?

¿Será, en las flores, el aroma, emanación espiritual?

¿Es el aroma, en las flores, palabra de amor?

¿Hablan las plantas con el acento sugestivo de su perfume?

¿Qué nos dice el oriental aroma de las rosas de Alejandría?

¿el virginal de los azahares?

¿el místico de las azucenas?

¿la candidez de los jazmines?
¿la languidez de las glicinas?
¿la sensualidad de los nardos?
¿la blanca flor de las acacias,

que sugiere fraternidad y ecuanimidad?

¿Y qué nos dicen tantas otras flores que nos adormecen con su perfume y que nos lo hacen sentir en lo más íntimo de nuestro sér, como el arrullo de un acariciador delicado acento?

¿Y las que nos excitan, y embriagan y enardecen o nos aletargan o nos producen una letal inclinación?

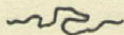
¿Oh las flores, todas expresivas como animados rostros, ¿qué lenguaje nos hablan de amor, de vida o de muerte?

Dios que nos dá la vida, nos la quita.

Dios también le dá la vida a las flores, ¿pero, cuando las cortamos, quién les quita la vida a las flores?

¿Las vidas humanas, no serán acaso flores que corta y junta cualquier otro sér que no es Dios, cuya mano se pierde en lo grande y desconocido, como quizás se pierde y queda desconocida a las flores la mano del hombre que les quita la vida?

¿Esa mano distraída que corta las vidas humanas, no hará su siega por el delicado capricho de formar con esas vidas bellos y divinos ramos?



El misterio de las cosas

APARECEN los espíritus nada más que en las sombras, en la soledad, en las cuevas, en la noche, en altas horas, en el silencio... Y ¿por qué no a plena luz, en el bullicio, en la alegría, en todas partes?

Un papel que el viento arrastra en una habitación, una ventana que golpea, un rayo de luna a través del sombrío ramaje, una lucecita vaga y remota en la noche; todas estas cosas, relacionándolas con los espíritus, nos hacen estremecer ante el misterio...

Y no hay tal misterio, porque sabemos

bien que el papel fué arrebatado de un pupitre por una simple racha de viento y que las otras cosas igualmente pueden ser explicadas...

Decimos entónces: "Es nuestra imaginación; el misterio está en nosotros".

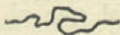
Pero es el caso que el espanto y susto lo sienten igualmente por las mismas inocentes cosas, caballos, gallinas, perros y otros animales.

¿Es que los animales sienten también el misterio de las cosas y esa misma medrosidad?

¿Pero qué misterio puede haber en el ruido de un papel que el viento arrastra por el suelo, en un inocente rayo de luna a través de un ramaje, en la luz de una lejana casita de campo donde una pobre mujer zurce a la luz de un candil la ropa de sus hijitos, o en el ruido en la noche callada, de una desvencijada ventana de herrumbrosos goznes que el viento mueve y hace chirriar, por falta de aceite?

Y, efectivamente, hay un misterio inquietante en todo: en el quejumbroso viento, en el abronante mar, en el desfiladero de la

montaña, en la soledad de la selva, en un lago muerto, en las ruinas, en las cavernas, en la noche negra, en las estrellas remotísimas y en el firmamento insondable...



¡Pobres ciegos!...

¡Pobres torpes!

A la simple vista comprendereis que un hombre débil no puede levantar un gran peso. ¿Cómo pretender que una inteligencia débil sorporete una cosa pesada?

Os compadecéis de un niño que no puede llevar una cosa muy grande en los brazos y no os compadecéis de un niño que no puede comprender ni aprender una cosa.

¿No os parece disparatado exigir que una persona hable y comprenda, sin conocerlo, un idioma que no es el suyo?

No castigáis ni insultáis a los pobres ciegos que no ven, a los pobres sordos que no

entienden, a los pobres mutilados en su impotencia....

¿Qué son los niños torpes, reacios, indolentes, sino pobres ciegos o sordos o mutilados?

¿Quereis más castigo que abrir los ojos a la luz y no ver? que poner los oídos atentos a los gritos y no entender? que sentirnos ante las cosas, irresolutos y sin valor, como si pies y manos cortado nos hubieran?

Lo mismo que acostumbráis decir "¡Pobre, que no ve!", ¿por qué no decir del mismo modo? "¡Pobre, que no entiende!"



Lo perfecto

DEFACTUOSOS, no tengais pena. Todo es perfecto porque todo es hechura de la sabia misteriosa mano que lo crea y gobierna todo.

Lo perfecto es una cosa relativa y de circunstancias.

Dada la idea corriente de lo perfecto, dá miedo de ser perfecto.

Parece que ser perfecto es no ser como los demás semejantes y no vivir como viven ellos.

¿Y os imagináis la pena de vivir moralmente aislado de vuestros semejantes, siendo entre ellos nota discordante y término

enojoso de comparación?

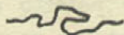
La imperfección no existiría sin el caso perfecto que la acusa.

El papel de lo perfecto es duro, severo, mortificante.

Cuando somos noble y delicadamente bondadosos, ¿no excusamos las faltas de los demás y hasta los consolamos reconociendo y declarando que nosotros también tenemos faltas iguales o mayores?

¿No será, entonces, lo perfecto, el reconocernos imperfectos?

O, acaso, lo perfecto estribe en no ver imperfecciones en los demás, reconociendo que todo en la vida es hechura intachable de la sabia misteriosa mano.



El fuerte propósito

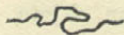
PONGAMOS en las cosas un propósito definitivo.

Y, con ese fuerte propósito,
nuestra existencia tendrá razón de ser
tendremos en el mundo una finalidad
nuestra labor será fecunda
el ideal será realizable
la lucha tendrá un objeto,
el sentimentalismo será una flor del espíritu
y el amor la cosa más bella y poderosa de
la vida.

Y con este fuerte propósito crearemos:
que nada es vano
ni fútil...
que no se pierde

ni un cantar
ni el aroma de una flor
ni el vuelo gracioso de una paloma...
Pongamos ese propósito definitivo en todo
y plantaremos árboles
y haremos arte
y amaremos sin esperanza...

¡Pero, aun amando sin esperanza, pongamos ese propósito definitivo en nuestro amor, y nuestro amor, como todo amor, será lo más fecundo de la vida.



Los idiotas

LOS ^{nos} que ~~no~~ creemos poseer una fina penetración de las cosas, una exquisita sensibilidad y una capacidad talentada, es frecuente que protestemos despreciativamente de los limitados que no tienen esas excepcionales dotes y que los llamemos idiotas.

Hemos sido nosotros de esos que sueltan el exabruto.

“No me comprende, no me penetra, es de limitada mentalidad... qué idiota!”

Pero somos observadores de la vida y nos hemos detenido ante el caso: “Idiota... idiota... Sí, efectivamente, aquí hay un idiota. ¿Pero cuál es el idiota?”

El irresponsable no es malo, ni torpe, ni culpable.

Y los limitados son irresponsables por limitación de su capacidad mental o de su

sensibilidad.

Son malos, los buenos que obran mal.

Son culpables, los que comprenden y razonan su delito.

Son torpes, los listos que proceden torpemente.

Los idiotas, por naturaleza, determinados así científicamente, son unos infelices irresponsables dignos de lástima.

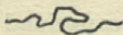
Los verdaderos idiotas en sentido deprivativo, son los que, comprendiendo la limitación e irresponsabilidad de los otros, pretenden de ellos mayores alcances y los llaman idiotas.

Somos idiotas los que le pedimos, al olmo, peras...

Somos idiotas porque no reflexionamos serenamente sobre aquella falta de capacidad de los que no nos penetran ni nos comprenden.

¿Qué culpa tienen ellos, si son limitados?

Por nuestra intemperancia irreflexiva, precisamente porque podemos no serlo, somos nosotros los verdaderos idiotas.



Consciencia

en el sacrificio

No os quiero dar como preceptiva moral la rara teoría que voy a exponeros.

Os la presento solamente como una novedad para divertirnos un poco en lo que tiene de imaginativa.

Y, sin embargo, no es una novedad. Bien pudiera condensarse esta teoría en el viejo consejo critiano de responder, cuando recibimos una bofetada, poniendo la otra mejilla.

Acaso exclameis: ¡Pero hay gentes que puedan concebir tal cosa?

Pues nuestra teoría va más lejos.

No se trata de perdonar.

Ni de corresponder con el bien el mal.

Se trata de gozar con el daño recibido; de sentir la satisfacción de la ofensa; de saborear el noble orgullo de haber sido

humillados.

Os veo sonreír.

“¡Absurdo!”—me diréis.

No obstante os hablo profundamente serio... ¡aunque hablo para divertirlos!

No hay goce divino como el de las renunciaciones.

En el caso que os someto se trata de la consciencia en el sacrificio.

Aceptamos sonrientes el sacrificio de nuestra soberbia, disfrazada de dignidad.

La soberbia se siente herida y responde brutalmente.

Pero no así la verdadera dignidad.

Aparte de sus mil ridículas mistificaciones, la dignidad es algo que no puede ser deprimido.

Dignidad es un estado de luminosidad sentimental que se sobrepone a toda humana miseria moral y material.

Hay una dignidad convencional, especie de vestido moral que se luce ante las gentes, y esta clase de dignidad es susceptible de toda vejación, mancha y menosprecio.

Pero la verdadera dignidad es la que tenemos en la íntima satisfacción en el culto

de un sentimiento que nos espiritualiza, y en la perseverancia en una conducta serena de conscientes y bien aceptadas abdicaciones.

La verdadera dignidad es la satisfacción de nosotros mismos en la generosidad, en la bondad, en el sacrificio...

La sublime dignidad estuvo en aquel divino "Perdónalos, Dios mío..."

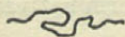
Y satisfacción y gozo íntimo es la misma cosa.

Y nunca gozareis tanto ni tan puramente como cuando, plenamente conscientes, aceptéis la injusticia, la humillación y el dolor injusto...

Reservado está a los espíritus exquisitos el goce supremo del dolor...

No habrá, para los iniciados, penas en el mundo.

Se trata solamente de que os orientéis hacia la luminosa y sublime consciencia en el sacrificio.



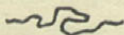
Parquedad

LA gran facilidad de universales comunicaciones hace en nosotros insensiblemente una vasta preparación, y nuestra vida, ya sin necesidad de largas explicaciones, nos pide, en todo, parquedad.

Y el escritor ha de ser parco.

Heridos por una sensación o concebida una idea, nuestra labor ha de ser de reconcentración mental hasta dar, como en un molde que comprime extraordinariamente, forma comprimida a la idea y a la emoción.

Sean nuestras palabras imprescindibles, vivas, claras, determinativas...



Las ideas

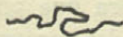
No nos pongamos a escribir buscando ideas: son las ideas las que nos han de buscar.

Toda idea es simplemente una observación: observemos la vida y tendremos ideas.

La vida a través de nuestro temperamento son las ideas: tratemos por esto de que nuestro temperamento sea una perfecta balanza de precisión.

Sin embargo no aceptemos ninguna idea como exacta: hay pocas balanzas fieles y, menos, la nuestra.

Precisamente, todas las ideas del mundo han sido y son un eterno tanteo, sopesando las cosas para ver si nos aproximamos a lo exacto.



El porvenir

QUIEN no cuide el porvenir perderá el presente, porque no hay presente que no haya sido porvenir...

Pero hay quien todo su presente se lo sacrifica al porvenir...

Hay quien, con la vista siempre fija en el mañana, no ha visto el hoy...

Hay quien se muere sin saber si ha vivido...

¿No habrá que cambiar la vieja teoría previsorá del porvenir, y cuidar del presente, que es la vida, haciéndolo placentero, ideal y fuerte, para que pueda luchar contra lo pavoroso del porvenir, que es la muerte y la inquietud?

La lucha de la vida es prevenirse contra el porvenir... ¡Oh, amenaza, pavoroso porvenir, qué nos guardas?

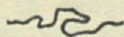
Y el porvenir es una infame y gran mentira que explotan los que en él no creen...

El gran engaña-víctimas ha sido el porvenir:

El soldado espera la gloria, el místico el cielo, el honrado la recompensa...

Y los vivos viven y gozan el presente que es la vida, y a los inocentes crédulos que se afanan y se afanan, para otros, les dejan la dulce engañifa del porvenir...

Puestos en aprieto ¿no sería cosa de comernos el porvenir en el presente como, cuando de muchachos, antes de salir de casa ya nos comíamos la merienda que habíamos de llevar al campo?



Del orgullo

SOY feliz sintiendo mi arte. Alguna vez, como por una influencia del ambiente superficial de las vanidades humanas, me siento así como orgulloso de mi obra, de mi luminosidad, de mi sensibilidad... Pero en seguida, viéndome lamentable, tengo para mí mismo una sonrisa de triste conmiseración.

¡Orgullo! El orgullo de las condiciones ingénitas es el reconocido como más legítimo y es el más absurdo. Debía de ser al contrario: ¿Tienes buenas condiciones naturales? Pues, siendo naturales, tú, individuo consciente y aparte de tu naturaleza,

no tienes mérito alguno creado por tí. ¡De qué te envaneces? Y no solo no debes envanecerte sino que estás obligado a dar frutos dignos de la condición con que has sido favorecido por la naturaleza. No pediremos, al hormo, peras; pero se las exigiremos al peral. Y si el peral no nos dá peras, sentiremos una muy naturalísima indignación.

En cambio, ¡qué maravillados nos quedaremos ante un hormo que nos dé peras y qué de justos elogios y alabanzas haremos de él y qué legítimo encontraremos que de tal mérito se muestre orgulloso!

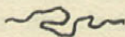
Y así encontraremos muy razonable la vanidad del feo que consiga hermostearse, (sobre todo si lo alcanza moralmente); la del malo que logre portarse bien; la del soberbio que ostente méritos de humildad; la del que falto de buenas dotes naturales, ponga perseverancia en adquirirlas; y la del que, perdido el timón y desesperado en este oceano tumultuoso del mundo, logre enderezar todavía, con rumbo a puerto de salvación, la nave de su vida.

Otro aspecto triste y absurdo de orgullo humano es el que sienten muchos hombres

por haber nacido en tal o cual parte. Si sienten ese orgullo, es por creerse superiores a otros en virtud del país donde nacieron.

¿Y cómo negaremos a cada hombre que sienta el orgullo del país donde ha nacido?

Y si todos podemos estar orgullosos del país en que hemos nacido, claro está que no nos distingue de los demás ninguna condición superior en cuanto al punto de nuestro nacimiento, y, en ese caso, es un orgullo tonto.



La otra conflagración

¿SONREIMOS bondadosamente ante todo lo absurdo y perverso porque comprendemos la irresponsabilidad de todo, o es del temperamento bondadoso de donde nace esa teoría de la irresponsabilidad, tan insegura como todas las teorías filosóficas?

Observemos que las razones de los malos son distintas de las razones de los buenos.

¿Pero cómo la razón no ha de ser una sola e invariable siempre?

La razón ha de ser inalterable, matemática, o no hay razón.

Vendríamos a que no hay más que maneras distintas de apreciar las cosas, según el temperamento o inclinación.

Y, entonces, ya no se tratará en el mundo de aproximación de ideas, que nos lleven a la feliz armonía universal, sino de aproximación de temperamentos: de aficiones, de hábitos, de costumbres.

La redención humana acaso pudiera esperarse de un gran amasijo y mescolanza de castas, clases sociales, idiomas y religiones.

El mundo está muy agitado, pero, sin duda, está muy poco todavía: ha de agitarse hasta que se pierdan los caracteres y señales de razas y naciones, de bárbaros y cultos, de ricos y de pobres, de buenos y de malos...

Y cuando llegemos a eso, puede que ya estemos en el buen camino: no en el camino psicológico que nos lleve a la idea única, sino en el camino fisiológico animal que nos lleve al temperamento único.

En la especie humana, como en cualquier especie animal o vegetal, posiblemente no

hay otro medio de mejoramiento que el cruce.

La universal conflagración, seguramente que hubiese sido redentora si en lugar de conflagración de guerra y de muerte, hubiese sido conflagración de amor y de vida.



~

El precio de la mujer

LA mujer tiene una joya de valor inapreciable: su virtud, su encanto... Sepa guardar bien y cotizar a tiempo la valiosa joya... no malbarate la preciosa mercancía...

El amor del hombre es el precio de aquella rica joya... y ese amor, ese precio, será tanto más elevado, cuanto más alce el hombre la puja para la adquisición de la prenda disputada.

El hombre que sea mezquino de condición, pujará con míseras o falsas ofertas...

No así el hombre generoso y verdaderamente codicioso de la disputada joya, que

aumentará el precio de ella sin regateos y dirá:

“Cuanto tengo doy. No es mi puja falsa: ¡doy mi nombre, doy mis intereses, doy mi corazón, doy mi brazo, doy mi sangre, doy mi vida! Y no estoy loco: — agregaré el hombre generoso—la joya de oro de pura ley vale y merece todo eso. No estoy loco y no es malo mi negocio: la joya vale cuanto el hombre que sabe darle precio quiere que valga”.



La muchacha reflexiva, que no echó en saco roto las lecciones de la vida y de los libros, ha dicho así a un joven impetuoso que la asedia con ardientes protestas de amor:

“El amor es bello en su pura concepción; pero, desdichadamente, la vida no se rige por el amor... tenemos que regir el amor por la vida y acomodarlo a sus necesidades y exigencias... Usted dice que me ama, yo quizás le ame... el amor es bello... Pero, en el caso de amarnos, debemos hacer como

los pajaritos un nido, y debemos formar una pareja acorde, laboriosa y armoniosa. Mi amor será de usted si yo veo que, de verdad usted está dispuesto a construir la parte fuerte de nuestro nido (yo pondré las blandas plumitas) y si le veo dispuesto a traer afanoso granos de trigo en el pico, y si escucho que canta usted, de corazón, su canto apasionado y tierno entre las ramas y si me incita con alas poderosas a remontarnos a los cielos... El amor es codicia de la vida y, para amar, hay que trabajar, tener afanes y ambicionar noblemente: cuando aman es cuando más cantan los pajaritos y, también, cuando más afanosos se atosigan llevando a su nido pajas y semillitas... El amor es bello y es divina su canción... ¡pero nada tan bello como el nido, como el hogar, arca sagrada de amor, formado con la virilidad apasionada del hombre y la ternura de la mujer que ha de poner las delicadas y blandas plumitas... ”

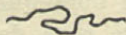


Había una mujer casada, sensata y bella, que hacía en su casa un culto del orden y de

la economía; que ponía su lujo en la nitidez de la ropa blanca, que cifraba las vanidades de su tocado y de su belleza en la higiene y en la exquisita pulcritud; que en las cenizas de la templanza guardaba las brasas de su pasión amante y que mantenía el fuego sagrado de su ardiente ideal amoroso, no para los fogosos días juveniles, que no lo necesitaban sino para los días fríos del invierno de la vida...

Y esta mujer dijo una vez a un hombre que la requería:

“¿Habéis pensado en el precio? El precio me lo puso el hombre que colmó la medida, generoso, dándome su amor, su nombre, su brazo, su sombra... ¿Es que podeis ofrecerme algo que valga más que aquellas prendas? ¿Me imagináis tan ciega que ponga un precio mezquino a las riquezas de mi alma y de mi vida? En la torre de la firmeza estoy garantizada por el precio fabuloso en que me tasó el cariño noble del hombre a quien dí mi corazón”.



Forma anárquica

¿**N**O era aquello chocante?

Para mi obra literaria yo me había cuidado muy poco, o nada, de ortografía, sintaxis, prosodia... y menos todavía de conocer y aplicar atildamientos de retórica y poética.

Leía lo que me era posible buenamente, de crítica y buenos autores y, a la vez que afinaba mi gusto, me rebuscaba a mí mismo más y más, en mi sentimiento.

En el sentimiento radica toda la obra creadora.

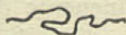
Es huera toda obra que no es a base de sentimiento; toda obra de toda índole.

El sentimiento es gérmen de toda vitalidad y purificación de toda maldad.

Y de mi obra literaria vino, entre los iletrados, mi crédito de hombre entendido en redacción de textos y en detalles gramaticales, y recurrían a mí los iletrados para atildamientos en la prosa de un anodino documento oficial o de una sórdida carta mercantil, o para nimios detalles de puntuación y ortografía...

Y era lo chocante que para estas cosas que podían pasar de cualquier modo, sin corrección de forma ni de ortografía, recurrían a mí, que en mis prosas y versos, tanto como me preocupaba la forma—sensación, forma anárquica—me encoraban las leyes gramaticales y retóricas... Que si punto, que si coma, que si ache, que si ge, que si jota... ¡Cuánta tontería!

¡Alma, vida, espontaneidad, sentimiento: eso es todo!



Educación

LA profesión de Maestro — como tantas otras—se emprende por necesidad... ¡Qué pena! Se hace un oficio—¡y hasta un triste oficio!—de lo que debiera ser el más noble sacerdocio.

Maestras, maestros: ¿habéis pensado en vuestra delicada misión? Si, muchos habeis pensado; no todos, lamentablemente. Pero los que habeis pensado y pensáis, teneis un gesto descorazonado y exclamaréis quizás: "Formar el corazón del niño, dar alas al espíritu del adolescente... ¿Cómo con este abandono delinciente de los que administran y gobiernan con la indiferencia — fruto de incultura — de la mayoría de los

mismos padres de niños y jóvenes?”

En verdad faltan escuelas y las que tenemos son inadecuadas, mezquinas, antihigiénicas... Además no se paga a los maestros.

Los directores de algunas escuelas dicen orgullosos de su gran tarea: “No caben los niños, las niñas... pasan de mil” Pues es un error esa aglomeración de criaturas—decimos nosotros.

Es una triste vergüenza este abandono de la educación. Está perdido el hogar en donde no hay educación y está perdido el país en donde se abandona este precioso cultivo de las almas y de las inteligencias.

No me vengan con que este país es de los mejores en sistema educacional y con que hay muchos colegios buenos y un personal excelente. No lo niego, pero todo eso es insignificante en relación a la necesidad.

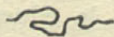
En las épocas de ingreso y matrícula no hay puestos para tantos solicitantes y los padres celosos de la educación de sus hijos tienen que hacer un verdadero calvario de antesalas, ruegos, recomendaciones.

Es mucho lo que hay que hablar de la Enseñanza Pública: de los sistemas, de los locales, de la carencia de jardines en las escuelas, de la administración, de la inspección, del material, de la higiene, de la carrera de maestras, de las postergadas sin puesto y de las que disfrutan más de lo que deben en daño de las postergadas.

Hay que alzar un clamoroso grito redentor por la Educación Pública: Formemos el corazón del niño, demos alas a los adolescentes, honremos el sacerdocio del Magisterio, consagremos a los gobernantes maestros en la memoria del gran Sarmiento.

Maestros, maestras: En su más alto sentido moral de progreso, de justicia, de orden, de administración y de toda cultura, clamemos: “Educación!” “¡Educación!”

Año 1918.



¿Nuestra misión?

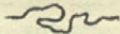
CREAR, producir, hacer... parece que es nuestra misión... Estamos contentos en el trabajo, en el orden, en el tiempo aprovechado... Es frecuente sentir la angustia de ver que no hemos terminado nuestra obra y que el día se acaba: la vida... Y, cuando nuestra vida se acaba, encomendamos a los seres amados que sigan nuestra obra... ¡Esa obra!... ¿cuál será? Vemos toda obra humana tristemente perecedera, apenas durable... ¿Cuál es nuestra verdadera obra? ¿Cuál deberá ser?

Y siempre esta tribulación interrogativa... ¡Dios mío!... ¡Siempre callas!... ¡Qué hacer!...

Sigamos el viejo impulso creador; no de-

jemos una noche de ver cómo hemos aprovechado el día; al tomar nuestro descanso preguntémonos “qué hemos hecho”.

Y si creemos en la superioridad humana, preguntémonos severamente—no lo que hemos hecho—sino “lo que hemos hecho por los demás”.



De la voluntad

LA voluntad (resolución, propósito, decisión) es el resultado de una reflexión, de un acuerdo con nosotros mismos.

Así se puede explicar la falta de voluntad en los poco reflexivos.

¿Pero podríamos señalar actos de voluntad inconscientes? ¿Son, los que realizan tales actos, aquellos a quienes llamamos voluntarios? ¿Puede haber voluntad espontánea, irreflexiva?

¿Cuando estamos de acuerdo con nosotros mismos y, a pesar de ello, no obedece nuestra voluntad, quién nos ata?

Ejemplo:

Estamos de acuerdo con nosotros mismos en que debemos hacer tal cosa, en que debemos privarnos de tal otra... y, sin embargo, no obedecemos a nuestro acuerdo: ¿qué nos ata o qué nos impele contra nuestra voluntad?

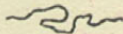
¿Qué es la voluntad: esto que nos ata o nos impele, o aquel acuerdo de nuestra reflexión?

Tenemos pereza, tenemos frío, y acordamos con nosotros mismos que será bueno darnos un baño helado: tiritamos, nos estremecemos y, por fin, venciéndonos, nos damos aquel baño...

Esto se llama un acto de voluntad... un acto contra nuestra voluntad. Porque nuestra voluntad era no bañarnos.

¿Qué es, entonces, la voluntad: nuestro impulso, nuestra inclinación, o el acto reflexivo contra la inclinación y el impulso?

Vendremos a la conclusión de que hay que matar nuestra voluntad si queremos tener voluntad, y de que la voluntad muerta es la voluntad viva.



Nueva educación

POSIBLEMENTE pronto, en el futuro, no irán los niños a las escuelas para aprender a leer, escribir y contar etc., etc. Creemos que esa preparación primaria la recibirán los niños en los hogares o en las comunales Casas-Hogares del pueblo.

Pensamos que los niños irán entonces a las escuelas, que serán como templos, a recibir una sana y elevada orientación moral.

Imaginamos a los futuros educadores, sacerdotes de una religión nueva, toda ella observación, bondad y tolerancia, encami-

nando a los niños a un mundo de paz y de fraternidad:

Dirán los educadores a los niños:

“Hemos de olvidar, queridos niños, las pasadas épocas de barbarie en que los pueblos invocaban ideales de honor y de gloria matándose y arrasándose unos a otros, y quemaremos el vergonzoso proceso de todos los pueblos que se llama Historia”. “Hemos de olvidar niños, para no volver nunca jamás a ella, la afrenta social e inícuca, que tantos siglos ha prevalecido, de ricos y pobres, y de **buenos y malos**”.

“Hemos de olvidar los bárbaros e inhumanos conceptos que se llaman Derecho, Ley, Nación...”

“Haremos, niños, fuente de bienes y de placer honesto, del trabajo, que pervirtieron los hombres, haciéndolo penoso, agobiador e injusto. Será para nosotros el trabajo libertad y alegría y no tristeza y esclavitud”.

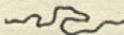
“Y a base de la verdad y de la realidad de la vida, iremos, niños, al ideal de la felicidad humana”.

“Niños de una Humanidad nueva: olvi-

«demos la Historia y la sangrienta orientación que tuvo el mundo anteriormente. O el hombre pertenece a una especie inferior y está condenado fatalmente a perecer en sus miserias, o no tiene más vía de redención que la luminosa del sentimiento y del ideal».

“Y decid conmigo, niños:

“Hombre, si quieres redimirte, abandona las armas e ideas fraticidas. No hay fuerza triunfadora como la que llevamos en nuestro pensamiento y en nuestro sentimiento”.



No fatiguemos

la memoria

MAESTROS: ¿Habéis pensado en las torturas a que son sometidos los niños con la enseñanza?

Recordaré, primero, las que yo he pasado.

Los martes y los viernes eran días terribles: nos tocaba aritmética. Nuestro maestro nos enseñaba muy prácticamente cuentas en el pizarrón. Aquello me gustaba, yo comprendía... "Sumemos:—decía el maestro—tantas arrobas de patatas, y más tantas, y más tantas. Sumemos: nos dan un

total de tantas arrobas. Estas patatas valen a tanto el quintal de cuatro arrobas; hagamos los quintales, dividamos por cuatro. Tenemos un cociente de tantos quintales que a tantos reales nos dá, multiplicando, un producto de tanto. Ahora, tú, de ese dinero, me prestas tanto: restamos. ¿Qué dinero te queda todavía de las patatas? Tanto.”

Esto a mí me gustaba, comprendía... Y aprendí práctica y racionalmente cuentas hasta reglas de tres, siéndome aquello muy útil para mi vida de hombre, pues nunca olvidé aquellas cuentas claras y sencillas.

Pero la aritmética de los martes y viernes no era aquello solo: era también un librito cruel que nos ponía tristes y torbos a los muchachos: “¡Esta cochina aritmética!...” solíamos decir amenazando tirarla al suelo. Había que aprender de memoria aquel librito árido, estúpido... ¡mortificante! No se nos pegaba nada de aquella serie de necesidades innecesarias de números dígitos, abstractos y concretos y de aquellas definiciones premiosas y laberínticas de reglas y comparaciones. Aquel librito

era delgado y amarillo como persona mala y biliosa... Hasta la letra la tenía menudita y apretada, mezquina... Parecía que no era mucha la lectura, pero entraba mucho... ¡ya lo creo que entraba! Y había que mascullar y mascullar cien veces seguidas aquellos pedazos de renglón indigestos hasta tragarlos, bien ensalivados, con la repulsión del acíbar... Y esto no era todo. Lo peor era luego.

¡Qué tardes de martes y viernes! Porque era por la tarde la lección de aritmética de memoria. Estábamos en rueda frente al señor maestro, mascullando entre dientes la lección, pero nuestro pensamiento y nuestra alma no estaban allí: Era en verano a eso de las tres, el fuerte calor nos daba mordorra, pensábamos en la alegría de nadar en las grandes acequias y en el río, y en el placer de saltar las tapias y cañizos de los huertos atracándonos de melocotones, de higos, de ciruelas...

Pero había que dar la lección de memoria y comenzaba el suplicio. Casi nunca la sabíamos y el maestro empuñaba la palmeta... ¡Qué horror!

Maestritas modernas, dulces y tiernas amigas mías, ¿no sabéis lo que es la palmeta? Pues la palmeta era (y lo es ¡qué vergüenza! todavía) un instrumento de tortura para castigar a los niños. Era una especie de torta redonda de diez centímetros de diámetro, de madera dura, con su mango para golpear con ella. Y con ella de plano y muy fuerte nos golpeaban las tiernas palmitas de las manos... ¡Qué dolor! Solían pegarnos dos y hasta más veces en la misma mano y en las dos manos, y las palmas se nos ponían tumefactas y rojas casi brotando sangre... ¡Qué dolor! Con llantos y lamentos nos apretábamos las manos, doloridas de un dolor agudísimo, debajo de los sobacos, y la escuela se estremecía toda con alaridos de prisiones inquisitoriales... ¡Qué vergüenza humana esa palmeta escolar!



Os he traído a cuento este recuerdo de la infancia para reforzar una tendencia moderna.

Es la hora ya, no solo de quemar las palmetas escolares y de poner mordaza a los apóstrofes y denuestos soeces de algunos educadores, sino de condenar toda enseñanza a base de forzadas lecciones aprendidas de memoria y a machamartillo.

Todo lo contrario del viejo sistema debe ya de ser y, como tendremos muy presentes los daños que pueden hacer todavía los antiguos prejuicios y costumbres, entendemos que los modernos aducadores no solo han de ser tolerantes respecto a las lecciones de memoria, sino que deberán decir claramente a sus discípulos:

“Niños, niñas: Hay que aprender de memoria solo aquellas cosas que son absolutamente imprescindibles y aquello que nos sea agradable y placentero, como versos y música.

“Niños, niñas: Las libretas de anotaciones, los coleccionadores, las agendas, los ficheros índices, los diccionarios de la lengua, de la rima, de nomenclaturas especiales, etc., etc.; todo eso se ha hecho para evitar el agotamiento absurdo de la memoria, que es un don precioso”.

“Se puede ser sabio: geógrafo, naturalista, matemático, y hasta músico, crítico e historiador, sin abuso y hasta sin gran uso de la memoria. Puede más que la memoria, el método, el orden y la afición.”

Y terminamos nosotros diciendo:

“Niños, niñas: traten de ser sanos y bondadosos, aprendan la vida viviéndola y no estudien mucho”.



El culto del deseo

EDUQUEMOS el deseo. El deseo atormentador es el deseo en toda su libertad salvaje... Pero el deseo contenido, refinado, persuadido, es un fino placer... ¡Oh, apetito del cuerpo y del alma, ansia, anhelo, conocida razón de un vivir!... Vivamos educando, acariciando, cultivando, conservando, esa razón de vivir!... Quien tiene un deseo es el único que sabe para qué vive. Quizás es el deseo nuestra vida... ¡Y nuestra pretensión absurda, constantemente, es la de realizar nuestro deseo... ¡la de matar nuestro deseo, que es nuestra vida!

Hay suicidas que gozaban de excelente salud, que vivían en la opulencia... pero que estaban desesperados porque lo habían realizado todo: no tenían deseo de nada... no vivían en nada, ni para nada... El hastío es vivir la muerte... ¡De las cosas horribles es sentir que se vive muerto!



¡Pero qué diverso es vivir regustando el vivir por qué y para qué, en un apetito, en un proyecto, en un sueño... en un propósito de propósitos... ¡en una finalidad infinita!...



El artista haga de su obra un árbol: crece, se eleva, se ramifica, se extiende, florece, dá fruto, dá semillas, éstas las lleva el viento, y dan otros árboles... El árbol tiene estaciones: descansa, duerme la savia, luego se llena de verde follaje, vienen a él los pájaros... ¡Y cuando muere el ár-

bol? No lo sabe ni lo quiere saber: su vida, su vivo deseo, es crecer y crecer elvándose a los cielos en una permanente ansia de luz...



Lo mismo os diría del sabio, del explorador, del conquistador, del emprendedor...

Y en la pequeña vida—en la última, en la individual—lo mismo; hagamos de toda futilidad, de cualquier cosa, un motivo, una razón de vivir: cuidamos un pajarito, cultivamos una plantita, pulimos un mueble, remiramos un cuadro, manoseamos un libro releído...



Y al deseo pongámosle sensatamente la continencia, que es gracia de ilusión y de continuidad: más gozaremos del comer, pensando en comer, que hartándonos; más exquisito es un amor idealizado que un amor realizado; no hay belleza como la de

la obra soñada que no llega a realizarse nunca...

Y no de hartizos, sino de hambrientos de toda hambre, vino la buena comida y el fino amor y la obra admirable.



Cubrid vuestra mesa de manjares y sed sobrios... Amad con alma y vida, pero poned en vuestro amor templanza... Soñad, pensad, ahondad vuestras raíces como el árbol y, natural e imperceptiblemente, sorprendaos cómo os habeis llenado de verdes hojas y de flores...



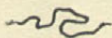
Y tendreis un sagrario: el de los deseos vivos... y en la soledad y el silencio, hareis culto de ellos y espíritu, o sea vida de vuestra vida...



Todo deseo que dejes vivo, vendrá a

reforzar vuestra vida y vuestra ilusión de la vida.

¡Ay de vosotros si, realizándolos totalmente matais vuestros deseos... No tendreis un sagrario de deseos vivos, sino un cementerio en donde deplorareis desesperadamente vuestros deseos muertos!



Mala siembra en
el corazón del niño

Y me lo contó así mismo
Helia Irisada:

HE tomado una sirvienta; la humilde mujer se ha ofrecido en esta forma:

—Señora, tengo una niña de cuatro años que ha de estar conmigo donde yo trabaje; págueme algo menos, si quiere, a cambio de que mi niña pueda estar conmigo.

Yo tengo un niño de la misma edad y he considerado la natural pretensión de la pobre madre:

—Bueno, quédese. Trataremos de que los chicos hagan buenas migas. “Podrán jugar juntos — pienso yo — y, así, el nene estará más distraído”.

Y, efectivamente, queda en casa la mujer, y el nene está encantado con la nena. La nena es vivaracha, traviesa, colorada, rolliza.

Pero en casa, mi padre y mi madre, viejos uraños, son hostiles a la nueva sirvienta. ¿Por qué? La eterna envidia... odiosidad humana...

Y la pobre sirvienta tiene que soportar la penosa carga de su trabajo y tragar en silencio la amargura de ver a su nena objeto de antipatía y tratada con altanería y despego. Yo pienso que soy madre también, que tengo un hijo pequeño y que me puedo ver como ella: sirviendo a caras extrañas y viendo tratar a mi criatura con agrias maneras y despegos. Soy madre también y me pongo triste al pensar en esta horrible propensión humana a la antipatía y al odio. Y tiemblo por mi hijito, mimado por sus abuelos al calor de mezquinas pasiones.

El nene, de su natural, simpatizaría con

la chiquitina, pues al principio no se cansaba de jugar con ella, pero los abuelos con un mimo insidioso lo han vuelto de tal manera que ya no la puede ver. Ha de arrebatarse a la chica todo lo que le ve en las manos, así sean juguetes abandonados y rotos. Si pide agua la chica, es capaz de no consentir que beba y bebérsela él. Hace lo mismo si ve que le dan a la nena un pedazo de pan o una fruta ¡Qué dolor!

¡Qué obra la de sembrar en el corazón de los niños la envidia, la antipatía, el odio!...

Y mi nene no era así ¡ay, Dios mío!

Ayer tenía la nena una cajita de cartón en las manos y el nene quiso quitársela. Como no estaban los abuelos delante, yo no lo consentí. “No hijo mío, esa caja es de la nena, que se la ha dado su mamá”. Y el nene accedió a mi tono persuasivo y dulce.

Pero esto no lo puedo hacer cuando mis padres están delante: se enojarían.

—¡Pues si la quiere que se la dé! — dirían agriamente, arrebatándosela de un tirón a la nena y entregando la caja al nieto — ¡De quién es todo lo que hay en la ca-

sa, sino de él?

—Ven aquí, príncipe—diría mi madre—no la quieras. ¡Qué se habrá creído esa mocosa? Aquí no hay nadie más que tú, hijo mío, ¡estrella! ¡que eres más hermoso que un sol!

Y la pobre sirvienta, madre de la chica, desde el fregador, miraría, volviendo la cabeza, con un gesto de entrañas doloridas.

El nene ha dicho una palabra fea. Mi madre me mira intencionadamente al mismo tiempo que mira también con gesto de repulsión a la chiquita, que está cerca del nene jugando con la tierra:

—¡Ves? Todo lo malo se les pega.

—¡Qué vamos a hacer, madre! Son chicos y son como los loros.

—No, lo que es tú!... Parece que esa mocosa te ha sorbido el seso. Cualquiera diría que te hace más gracia que tu hijo.

—Madre!...

—Sí, tú quieres a cualquiera más que a tu sangre.

—Yo quiero a todos, madre.

—Sí! (Y renegando endemoniada va a donde está la chiquilina y, apartándola del

nene), le dice: Anda! Vete a jugar a otro lado! Todo lo malo se pega: las palabras y las pupas... ¡y hasta la pobreza!

¡Dios mío, Dios mío, cuanta iniquidad!

El mismo día el nene, aleccionado con estos malos ejemplos, trata mal a la chiquilina, la echa de su lado cuando la inocente criatura se le acerca.

Entonces mi madre se muestra ufana exclamando:

—Ves? No, si él aprenderá a tratar a esa roñosa. Es menester que el chico sepa que no es lo mismo que él una chiquilla andrajosa de la calle.

—Pues yo no quiero que mi hijo salga orgulloso, ni que se crea nunca que es más que nadie.

—Tú no querrás, pero yo me encargaré de que mi nieto sepa que no es lo mismo el amo que el criado.

—Están ciegos, Dios mío! — pienso yo.— Olvidan su modesto origen... Mi padre no recuerda la liberalidad con que era tratado por los señores en donde estuvo de muchacho, prestando servicio, y a los cuales él les llamaba **amos**. Mi padre ha dicho muchas

veces: "Yo me crié jugando con los hijos de mis amos como si todos fuésemos iguales".

Y mi padre hoy presenciaba impasible (diré mejor con una disimulada sonrisa de crueldad) cómo el nene, su nieto, arrojaba del comedor a empellones a la chiquilina de la sirvienta, diciéndole a la vez:

—Anda fuera que manchas! Anda fuera al patio, que lo ensucias de barro todo con los piés!

Y mi padre dejaba al chico sin corregir la dura inclinación, y eso que veía bien que afuera en el patio llovía y se sentía frío!

—¡Anda fuera, que ensucias con los piés!

¿Pero habría nacido en mi nene aquella idea de que la chiquilina ensuciaba con los piés?

—Mira, nene, quiero que no seas así. ¿Cómo va a ensuciar la nena con los piés, si los lleva descalcitos?

Intervine arrostrando el enojo de mi padre, porque me había dado cuenta de que la madre de la nena observaba, desde la cocina, con una triste expresión de sufrimiento, aquella constante aversión.

Pero no puedo evitar todo este dolor, so-

pena de mayores disgustos.

Yo en estos casos mimaría a la nena para amortiguar el sufrimiento de su pobre madre, pero mis padres no me perdonarían, en un fiero egoísmo de raza, que yo prodigase a la chiquilla ternuras que, según ellos, solo a mi hijo pertenecen.

Finalmente, el otro día la chica hizo no sé qué, algo propio de su edad, y desde arriba pude oír a mi madre que, ensoberbecida, le gritaba a la sirvienta:

—Usted, que es su madre, corríjala. Métele una buena azotaina!

Bajé presurosa por si la pobre madre, en tal de conservar el triste puesto, accedía con dolor de su corazón a castigar a la nena. La mujer estaba lavando ropa y se había puesto a secarse las manos, como para ir a pegar a su criatura... ¡pero con un gesto tan triste, que ya le dolían los golpes, sin darlos todavía!...

Y mi madre se quedó mirando fosca porque yo le dije a la mujer:

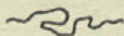
Siga usted lavando... Eso no es nada!

Y mi corazón tiembla por mi hijito, en este ambiente de odios...

Yo, muchas veces, deshecha en ternura, estrecharía a mi nene entre mis brazos y le diría llenándolo de besos:

—Hijo mío, sé buenito, quiere a la nena, quiere a todos los pobrecitos... Hijo mío, no seas nunca altivo y orgulloso, porque eso siempre es malo y porque no sabemos, hijo mío, si tu mamita se verá pidiendo trabajo o caridad, de puerta en puerta, contigo de la mano...

Pero me privo de estas explosiones maternales y de estas expansiones tiernas con mi nene, para no excitar y herir la sensibilidad de aquella otra pobre madre que, como es pobre y tiene que trabajar, no puede permitirse ni el lujo de *gastar el tiempo* haciéndole mimos a su nena!



¡Ojos inocentes

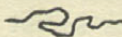
maravillados!

DICHOSA tú, maestra de primer grado infantil de ambos sexos! Ese es el único mundo posible. Vives entre niños que apenas reparan en la diferencia de uno y otro sexo y que miran maravillados las cosas, sin ese amargo espíritu de análisis y de censura que nos atormenta a las personas mayores.

Y las personas mayores, en la eterna vuelta, hemos de llegar a ese punto: a contemplar y aceptar las cosas con una simpli-

cidad natural y con ojos maravillados que no saben nada de nada.

¡Oh, maestros, si pudiéseis conservar en los niños aquella virginal imaginación y aquellos ojos ante todas las cosas maravillados!



Del saber

No se estudia para ser sabio, sino que el sabio estudia... Estudia para descubrir las cosas o para descubrirse...



La sabiduría es deseo de conocer, de saber...



No es saber, saber lo que otro sabe.

El maestro no enseña. El maestro descubre y encauza facultades.



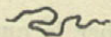
En el ageno saber buscamos la confirmación del nuestro.



Estudiando a los sabios no buscamos ciencia, sino métodos y caminos para llegar a la ciencia.



En ciencia, en pedagogía, en arte, la orientación moderna debe ser la de remover, la de promover, la de sacar a luz las llamadas cualidades superiores del hombre: el sentimiento y la inteligencia.



Hagamos de los niños
hombres que miren
al cielo

LA mísera lucha humana,
la vanidad,
el amor,
la insensata codicia...
ese es el universo del hombre...
Y el hombre mira para el suelo
y se deslumbra
con la posición,
con el triunfo,
con el oro tentador
y con el amor vano,
que son sus estrellas...
Y pocos hombres
alzan la cabeza

para mirar al cielo
en la noche estrellada...
Y solamente
mirando los astros
y las constelaciones del firmamento,
puede el hombre comprender
lo absurdo y pobre
de ese universo de miserias
que él contempla deslumbrado
mirando para el suelo...



Hay muchas gentes que hablan de Dios y del Cielo, y que nunca miran al cielo. Alzan los ojos y, todo lo más, ven el techo del templo o el **cielo raso** de la habitación.



A los niños, entre otras cosas absurdas, se les enseña algo de astronomía, de una manera rutinaria y enojosa por los datos numéricos que se tienen que aprender.

En un jardín, en una plaza, debía de sacarse a los niños las noches estrelladas del estío, a contemplar el cielo. Y allí hablarles de lo maravilloso del universo con pa-

labras sencillas:

“Hijos míos, ved las estrellas, ved las constelaciones, esas nebulosas, esa vía lactea, y ved esos claros sin estrellas: esos abismos en el azul del cielo”...

“Niños, niñas: este mundo tan grande en que vivimos, con sus guerras bárbaras, con sus enormes miserias y con sus tristes locuras, es un puntito miserable en ese firmamento”...

“Niños, niñas: No sabemos lo que es Dios; tan insensato es negarlo, como hacerlo concebible de manera ruín y mezquina. El Dios de los templos no es Dios; el Dios de las iras y de los castigos, no es Dios”.

“Hijos míos, no sabemos lo que es Dios; pero mirando ese universo, considerando esa grandeza y esa maravilla, nos sobrecoige un profundo respeto y una elevada veneración por un algo divino que se nos revela y que no comprendemos”...

“Y ese **Algo**, ese **Por qué** de las cosas, esa **Causa**, ese **Misterio**, tiene que ser el **Unico y Verdadero Dios**”.

El voto de la mujer

SEÑORA doña Carmen de Burgos (Columbine).

Muy señora mía: Me parece que la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre, sin limitación alguna: sufragio, ejercicio de carreras, puestos públicos.

El único regulador y título para estos derechos debe ser el talento, la cultura general, el sentido común, que no es privilegio exclusivo del hombre.

Ahora bien; me da pena que aquí en España comencemos la casa por el tejado. Creo que el feminismo es cuestión a resol-

ver después que otros problemas preliminares de cimentación social.

En España, desdichadamente, ni la mayoría de los hombres sabe para qué sirve el derecho del sufragio. ¿A qué concederlo a las mujeres, que en su totalidad, salvo rarísimas excepciones, no saben nada de nada.

Seamos sinceros y seamos prácticos; dejemos, hasta que sea oportuno, un intelectualismo retórico que no le pega a nuestra ignorancia y tristísima decadencia.

La actual vida española se desenvuelve en una noche desesperante; la generación actual no tiene orientación; algunos puntitos de luz, remotos, aislados, señalan un norte.

Y el norte es la cultura general, única redentora de miserias morales y materiales.

Pidamos y hagamos tenazmente cultura.

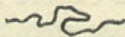
Multipliquemos y democraticemos, haciéndolos prácticos y racionales, los medios educativos, la enseñanza y la instrucción.

Formemos, para una sociedad laboriosa y justa, los hombres y las mujeres del porvenir.

Y entonces, cuando haya base, cuando

haya un poco de discernimiento, cuando no pongamos todas nuestras esperanzas en la lotería de Navidad ni le echemos al Gobierno la culpa de todo, entonces venga feminismo y todo lo que ustedes quieran.

Febrero 1906.



Nos impulsa un
poder infinito

EL “no hay” y el “no se puede” me sublevan. ¿Por qué? La razón, el número, la lógica, me dicen: “no hay”, “no se puede”.

¿Qué fuerza, más fuerte que todas las fuerzas y que todas las razones, hay en mí que pretende los imposibles?

Dentro de lo desconocido y de lo infinito (y eso es la vida) no caben el “no hay” y el “no se puede”.

Y yo siento que, en mi vida, llevo ese infinito, ese misterio cuyo poder y alcance desconozco, esa fuerza, más fuerte que todas las fuerzas, que se rebela contra la limitación del “no hay” y del “no se puede”.



Los coscorriones

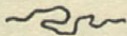
ALGUNAS veces nos hemos irritado contra una cosa inanimada: contra una puerta, porque nos hemos roto en ella las narices; contra una silla, en la que hemos tropezado, o contra una pared, en la que nos íbamos a estrellar... Es lo mismo que cuando un nene se cae y, para acallar su llanto, le decimos: "¡Pícaro suelo! Pégale una patada!" Y el nene le pega pataditas al pícaro suelo. ¡Qué sabe el suelo, ni qué saben la puerta, la silla y la pared, ni las demás cosas, de este sentirnos por ellas lastimados! Podemos golpear la puerta, volcar la silla, increpar a la pared y al suelo; pero allí se

quedarán incorregibles, en una absoluta incomprensión de nuestro enojo y dispuestos a que en ellos otra vez tropecemos y a que nos lastimemos nuevamente.

Pero si somos razonables, no nos irritaremos ni, menos, usaremos de imprecaciones, que vienen a ser fuertes razones en indignación encendidas... Pensaremos que, si no se ha de entender, huelga toda razón violenta o sosegada, y aceptaremos lo más *estóicamente posible* el desagradable *coscorrón*, cerrando la puerta suavemente, poniendo en su lugar la silla o apartándonos con prudencia de la pared en que fuimos a dar de bruces.

Esto mismo podríamos decir de nuestros choques y tropiezos con la mayoría de las personas: son irresponsables e incorregibles como cosas inanimadas, pues ni sienten, ni piensan...

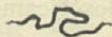
No nos queda otro recurso que ser mesurados, para evitar los tropiezos en lo posible; o aceptar filosóficamente los *coscorrones*.



Produzcamos

TU, maestra que educas un niño, tú mujer que tejes un vestidito o una boina de crochet, tú obrero que forjas un tornillo de la inmensa máquina, y tú labrador que pones en la tierra una semilla: todos, vosotros, llenais la más alta misión humana que es la de producir...

El orden de categorías humanas más justo, podría ser el de la producción individual.



Estemos con nosotros

HACEMOS arte, pensando que nos admirarán...

Hacemos una casa bella, pensando que suspenderá el ánimo ajeno su originalidad y buen gusto...

Nos vestimos bien y nos atildamos para que los demás nos vean...

Componemos nuestra conducta, por lo que ha de ser observada y juzgada por los demás...

Y de esto resulta — además de lo vano de nuestras aspiraciones, que son verdadera vanidad — que, si no tenemos a las gentes, estamos como si no tuviésemos nuestro

arte, nuestra casa, nuestro vestido, nuestra conducta...

Es una triste necesidad ésta que sentimos de que nos digan: “¡Qué obra la suya!” “¡Qué casa la suya!” “¡Qué vestido el suyo!” “¡Qué conducta ejemplar la suya!”

Será una fina labor de autocultura la de emanciparnos de esta necesidad.

Es grata la compañía de las buenas personas; pero, sin renegar de esa compañía, acostumbrémonos al gusto de la soledad en la compañía de nosotros mismos...

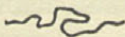
No les neguemos a los demás nuestro arte, nuestra casa, ni el gusto de que nos vean y de que nos juzguen; pero acostumbrémonos al arte por el arte, a la casa para nosotros, a nuestra conducta para nosotros...

Cuando no contemos tanto con los demás, no los echaremos tanto de menos, ni, cuando nos veamos sin ellos, nos parecerá el mundo tan vacío...

Ya no nos veremos nunca solos cuando, buscándonos, demos con nuestra propia compañía...

Nuestra obra, nuestro arte, nuestra casa,

nuestro vestido, nuestra conducta,... son cosas que no nos llegarán a parecer sin objeto y que no nos decepcionarán, si tienen por motivo, principalmente, nuestra propia e íntima satisfacción.



Contra la moda y en pro de la mujer

La Junta "Acción Católica de la Mujer", de Oviedo, ha elevado una exposición á la reina de España, demandando su cooperación para poner dique á los excesos de la moda.

Las mujeres prostituidas, en su mayoría, lo son por el lujo; las menos lo son por el hambre. Combatir el lujo, es combatir la prostitución.

EN todo hay modas; la mayoría humana apoya el supuesto origen del mono, por lo dada que es a la imitación.

Todo nos parece justificable si es que es-

tá de moda. Haciendo lo que hacen los demás, todo está bien hecho.

No se reduce la cosa a la inocente manía de la moda en el vestir. La moda lo mismo abarca los vestidos extravagantes de las mujeres que se visten para lucir su desnudez, que abarca tendencias de moda en arte y en religión y en política y en moral. Por cierto que la llamada moral de moda, es de lo más inmoral que darse puede.

Antes a las mujeres les parecía feo enseñar las piernas; hoy les parece feo no enseñarlas...

Es muy de moda y muy chic que una muchacha no sea sentimental y que hable con desprecio del matrimonio...

Es cursi tener novio y, sobre todo, estar enamorada...

En cambio está muy bien el fumar y el revolcarse en la playa en traje de malla entre los hombres, luciendo la pierna desnuda hasta el muslo...

Las mujeres que son así hablan mucho del divorcio... Es claro que para esta clase de mujeres a la moda, es una cosa muy necesaria el divorcio: cuanto más fácil sea

el divorcio, más podrán casarse sin ser unas cursis de esas que se enamoran de verdad, y más podrán, con una malla bien clarita, revolcarse en la playa...

Y por eso el divorcio es también una cosa de moda. A los legisladores les deleita eso. No se debatirán — mucho — leyes de enseñanza, leyes de urbanización y ornato de pueblos y ciudades, leyes de higiene y de asistencia pública, leyes contra los latifundios, leyes contra el capital estéril, leyes contra todo holgazán alto y bajo, leyes de arbolado, leyes de jardines y caminos públicos, leyes eficaces de enseñanza obligatoria y de efectivas y provechosas escuelas de artes y de industrias... No se debatirán — mucho — leyes de protección verdadera al hogar honrado, al trabajador laborioso y sin vicios, de garantías para la mujer débil, de amparo a los niños, de protección a la maternidad... Todo eso son idealismos, sensiblerías... El divorcio sí; el divorcio es una cosa seria... de la que actualmente se ocupan en todas partes... Es decir: el divorcio es una cosa que está de moda.

Y es lo mismo que decir que está de moda, el decir que hay que dar facilidades legales para la destrucción del hogar.

Y yo os quiero decir que no hay nada tan santo ni tan necesario para la vida y para el bien del mundo, como esa cosa que hoy no está de moda y que se llama el hogar.

Y contra el hogar van todas las modas: las de los vestidos caros no reformables y distintos para cada estación, y las modas perversas que ridiculizan lo honesto, lo laborioso y lo sentimental, y que patrocinan, a título de buen gusto, la depravación y la licencia.

Se habla mucho de feminismo; pero se entiende muy mal. Hasta el punto de imaginarse — claro que ligeramente — que una mujer feminista — sufragista — es una mujer-mamarracho.

Yo no entiendo el feminismo a la manera vulgar, ni menos la mujer feminista.

El feminismo debe ser, a mi entender, la intelectualidad femenina, guiando al mundo femenino a su emancipación y dignificación.

También vulgarmente se entiende por feminismo, rivalidad de la mujer al hombre, o emancipación de la mujer prescindiendo del hombre o en competencia con el hombre.

A mí me parece absurdo todo eso: a mí me parece absurdo todo feminismo que no tienda a unir amorosamente a la mujer con el hombre, para el bien y contento de la vida.

Me parecería bien un feminismo que por el sufragio legal (el voto de la mujer) y su intervención en el gobierno del pueblo, nos curara de males tan grandes como el alcoholismo, el tabaco, el juego y la prostitución. Estos vicios en el hombre, son los mayores enemigos que van contra la mujer y su felicidad. Y más que el hombre mismo, es la mujer, (el feminismo intelectual en acción) quien ha de combatir esos grandes males, en beneficio propio. Y esto no será el feminismo yendo contra el hombre, sino yendo hácia el hombre...

La mujer intelectual debería estudiar todos los medios para redimir al hombre de la esclavitud de perversos extravíos y

atraerlo a una vida honesta y sentimental. Por ejemplo: niégñese la mujer al hombre en todo campo de frivolidad malsana o de perversión. El hombre no puede pasar sin la mujer y la buscará donde sea. Procure el feminismo en acción que, el hombre, sólo pueda encontrar a la mujer en un campo de honestidad y decoro y de afectos delicados y nobles.

El hombre va a las casas de perdición, porque allí encuentra a la mujer fácil, y estas casas y esas pobres mujeres que en ellas se venden, quitan a las mujeres honradas sus naturales candidatos. Esos hombres pierden en la más bella edad, que es la juventud, la estimación y respeto por la mujer, en razón a encontrarla fácilmente y a cualquier precio.

La primera campaña de un eficaz feminismo en acción, debería ser la abolición de las casas de tolerancia.

Reivindique el feminismo en acción el fuero de la honestidad y no permita que la mujer sea del hombre sino en matrimonio y por amor.

Si todas las mujeres — buenas y malas—

podieran seguir a una voz una sola consigna, triunfarían de los hombres negándose a los hombres. Condición inflexible de paz y de rendición sería la del amor lícito creador del hogar y defensor del hogar.

Y si a este triunfo querían dar las mujeres una fuerte garantía, habrían de confabularse contra una cosa vanal y pequeña pero que lo corroe todo y que trae perdido al mundo femenino y al mundo entero: habrían de confabularse contra la moda.

Las mujeres, al oírme, seguramente exclaman — hasta muchas de las intelectuales — “¡Imposible!... Ir contra la moda, prescindir de la moda... ¡Imposible!”

Pues yo me atrevo a decir otra cosa y es: que mientras la mujer no vaya contra la moda y no prescinda de la moda, ni se emancipará, ni será intelectual, ni nada!

Acepto toda cooperación femenina en los trabajos de los hombres — industrias, agricultura, administración, transportes .. en todo — pero la mujer siempre femenina y siempre por el hogar y para el hogar.

No renuncie jamás la mujer a su misión

de esposa y de madre y de mujer del hogar, sin perjuicio de toda cooperación en los demás trabajos beneficiosos a la gran familia humana.

Y la mujer del hogar, la mujer-madre, la mujer ordenada, aprovechada y económica, no se pasará el día mirando figurines y correteando tiendas y modistas.

La mujer del hogar usará formas de vestir armonizando lo sencillo con lo pulcro y gracioso, de lo que resultará una moda que siempre estará de moda.

La mujer del hogar demostrará su finura y distinción — no cuando se atenga estrictamente a modelos extravagantes y ridículos — sino cuando ponga un sello personal de buen gusto en la adaptación de nuevos estilos y formas y tocados.

Sepa la mujer de guisos y de labores de costura y de hacer del hogar un nido encantador; y, si piensa que aún tiene que cumplir otra misión más alta, que sepa que esta misión es la de hacer del feminismo una religión de limpieza moral y material y de pudor y de vergüenza.

El hombre — no sé si por naturaleza o

por depravación del medio social — es cí-nico; la mujer — por naturaleza o por tra-dición, al menos — es pudorosa. El pudor, y no el cinismo, ha de salvar a la Humanidad. Vuelva la mujer (en el feminismo o intelectualismo femenino) por su fuero del pudor y se salvará como mujer salvando su pudor y, como madre que es del hombre, salvará también al hombre.

Pero os confesaré, para final, con ruda franqueza, que no esperaré nada del femi-nismo mientras lo vea, renegando del amor sentimental y santo, divorciado del hom-bre o clamando divorcio, y mientras vea a las mujeres esclavas de una falda ridícula y de unos zapatitos idiotas.

Ya no vemos, en las mujeres, rancios y va-liosos vestidos bien conservados, ni primo-rosos bordados caseros, ni caseros enca-jes... Ni vemos el fino pié asomar tenta-dor y pudoroso bajo una nítida puntilla blanca...

Vemos, indiferentes y hastiados de lo fá-cil, la descocada postura de una pierna al-zada sobre otra mostrando hasta la liga, o la desnudez sin atractivo, por su despreo-

cupación, de las mujeres en la playa mostrando las carnes...

Y esta es la moda que trae ruinas materiales y morales y — lo que es peor — la ruina de la mentalidad femenina y del sentimiento femenino.

Y por esto, y en pro de la mujer, hay que ir contra la moda.



Posiblemente se dirán Vds., las mujeres, que es muy fácil aconsejar todo esto, pero difícil cumplirlo, sobre todo en lo concerniente a prescindir de la moda. ¿Qué mujer se atreverá a salir a la calle hecha un mamarracho o, mejor dicho, a salir sin ir hecha un mamarracho? Se reirán de ella las demás mujeres. Efectivamente sucederá así; nos reímos tontamente, y hasta estúpidamente, de muchas cosas que merecen respeto.

Esto acusa un bajo nivel de cultura contra el que tenemos que combatir y combatimos.

Hay, desgraciadamente, muchas mujeres,

que creen que la distinción es salir a la calle vestidas de máscara y con una máscara en la cara de estucado y de pintura.

Se extiende esta calamidad de tal modo que están contagiadas las mujeres más modestas (obreras y vendedoras) y antes les falta para comer que para ir vestidas a la última moda y pintadas y retocadas de tal modo que dá compasión.

Pues yo digo que la señal verdadera de distinción está en la honestidad y en la modestia y en la pulcritud. Una mujer con su cara lavada con agua fresca y con sus ropas interiores bien limpias, aunque lleve un vestido humilde que no sea de moda, vale más que esas mujeres exageradas en el vestir y pintadas al cromo, que, atendiendo a lo exterior, adolecen de desidia interior... Desidia en el cuerpo algunas, a pesar de los rasos llamativos y de los cargantes perfumes... y desidia en su espíritu muchas que, pensando en lujos y figurines, se extravían y pierden la cabeza.

La distinción es afinarse cultivando la mentalidad y el sentimiento; la distinción es la delicadeza de modales, la prudencia

y el discreto avispamiento...

La distinción es talento y preparación, y una mujer verdaderamente distinguida no lo será porque vista a la moda y porque tenga unos modales estudiados, también de moda; será una mujer distinguida por sus modales naturales graciosos y finos, y lo será por su conversación amena, por sus conocimientos de labores de mujer, de dulces y platos de cocina, de cuidado de flores, de administración y economía casera... Y será más distinguida y exquisita, si a estos méritos puede añadir conocimientos de música, de literatura y de arte en general.

Y bien comprenderéis que todo esto puede conseguirse, más o menos, prescindiendo de la distinción aprendida en los mamarrachos de los figurines, que no es distinción ni nada.

Y estaréis pensando quizás: ¿Pero cómo llevaremos a la práctica el prescindir de la moda?

Yo os lo diré:

Lo primero es que reflexionéis hasta que estéis verdaderamente convencidas del absurdo de la moda. Si no llegáis a con-

venceros no sois redimibles. La causa feminista es causa perdida si la mujer sigue poniendo toda su pasión en la literatura figurinesca. Entráis a una librería y solo se ven figurines, y en las vidrieras figurines y en la calle, no personas, no mujeres de carne y hueso, sino figurines... Figurines que caminan a pasitos estudiados, con movimientos de brazos y de manos estudiados, todo estudiado como verdaderos maniqués...

Y cuando, por la reflexión, ya esteis convencidas del absurdo de la moda, ya podreis prescindir de ella, tomando una orientación de sensatez redentora.

Y las mujeres sensatas, en esta ciudad—por ejemplo — deberían asociarse en un “Centro de cultura femenina”.

En este centro, sostenido con llevaderas cuotas, podrían reunirse y tener, a la vez que solaz y esparcimiento, instrucción preparatoria de artes y oficios propios de la mujer: cocina, costura, labores de adorno, cuidado de plantas, música y dibujo y, además, las diversas profesiones femeninas, para ganarse el sustento honradamen-

te, que pueden ser muchas, dada la aplicación moderna de la mujer a todos los trabajos.

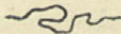
Este centro, para que fuese más práctico y de fines humanitarios, podría tener asilo maternal, asilo de infancia, asilo de mujeres desorientadas...

Es proverbial—bien lo sabéis todos—que por el lujo se pierden las mujeres.

Pues donde dice “lujo” hay que poner “moda”, que es el verdadero “lujo”.

Y si queremos salvar a las mujeres hay que ir contra la moda.

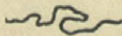
Rosario 1920.



Lo que es la felicidad

ES la felicidad un trago de agua fresca cuando hay sed, un pedazo de pan cuando hay buena gana, una sonrisa cuando amamos, un bello paisaje cuando sentimos el arte... La felicidad consiste en la más pequeña cosa cuando nos entregamos por entero a gozarla sin más ambición en cosa venidera...

Nos hace desdichados este cifrar la felicidad siempre en el sueño a realizarse, y no en lo que se realiza, que es también un sueño.



Cómo poseemos

NOS afanamos por la posesión de las cosas, y por esa posesión llegamos muchas veces a la desesperación y al delito...

Y la posesión de las cosas tal y como se viene entendiendo es un engaño.

Un cuadro de valor, una joya, un precioso jardín, un soberbio caballo, un palacio admirable, son tan vuestros como de su titulado dueño: *contemplareis estas cosas*, que es la única manera de gozarlas y poseerlas; las *contemplareis a la par* que su dueño.

Y el dueño se afanó en poseer esas cosas

para eso, para que las contemplemos los demás. Vanidad que para nosotros, favoreciéndonos, se cambia en altruismo...

Contrariamente, el desprendimiento del archimillonario que lega a su país un valioso museo, no es más que pasión de poseer aquello hasta en la muerte: así no se repartirán aquellas joyas artísticas o históricas entre sus herederos, desperdigándose o perdiéndose quizás, sino que seguirán siendo del mismo poseedor, hasta después de muerto, amparadas en la tutela del Estado.



Quiere decir esto que, quito lo que nos comemos, poco es lo que poseemos o podemos poseer efectivamente como se entiende poseer, y vivimos, no obstante, en este ciego afán por la posesión de las cosas.

En cambio, olvidamos la fácil e inofensiva manera de poseerlo todo, a excepción del pedacito de pan que ha de alimentarnos, que, ese sí, tristemente, hay que disputarlo

con fiereza.

Nuestro sentir y nuestro pensar son los que se adueñan de las cosas. Lo que más poseemos es lo que más contemplamos con deleite.. Poseemos mirando y poseemos recordando... Recordar, es mirar y contemplar dentro de nosotros. Cuando miramos con ansia de posesión, nos traemos lo que miramos y lo guardamos dentro de nosotros... Y es nuestro, de verdad, únicamente lo que va dentro de nosotros.

Es, por eso, de fácil e inocente manera de poseer, la de pensar y sentir. Nos recogemos en nosotros con el tesoro de cosas que poseemos, y no haya temor de que ese tesoro nos sea robado.

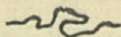
Y así será nuestro el jardín señorial que nos encanta, y el suntuoso palacio que nos produce admiración, y el cielo y el mar, y la joya deslumbrante que otro luce, y la mujer amada en silencio cuyos pasos seguimos...

Cultivemos la facultad de retener, de poseer las cosas, no en títulos y acciones ni en un arca cerrada, sino en nuestro sentir

y nuestro pensar, y seremos opulentos...



Mujer idolatrada, tú pasas indiferente y yo me he quedado con tu mirada, con tu sonrisa, con tu boca suspirante, con tus movimientos voluptuosos, con tu lánguido abandono... ¡Yo te poseo!



Poesía ultraista

A instancias de algunos amables oyentes, en estas conversaciones literarias “En las escuelas”, he dado — respecto a poesía modernista y ultraista — mi parecer, que aquí recojo:

Y este parecer mío es muy sencillo: estoy de acuerdo con las opiniones que copio de Julio Casares, Enrique Díez Canedo, Barcia, Maragall y Rubén Darío, y opino en contra del “Epílogo del novecentismo” de

Guillermo de Torre, publicado en "Cosmópolis" No. 23, Noviembre 1920.

Cuando despectivamente se habla de **poesía modernista**, siempre entiendo que es refiriéndose a la mala poesía modernista, y a lo extremo, rebuscado y manoseado de términos poéticos llamados modernistas.

Y yo, aunque cada vez más orientado hacia la sencillez y la claridad, y muy encariñado con viejos aires de romances y tonadillas populares, celebro la evolución poética en el sentido de nuevas metrificaciones, ritmos, cadencias, y modalidades delicadas de frases emotivas que, como en música, pueden darnos el alma-poesía.

Pero todo esto cabe dentro de lo natural, de lo claro y de lo comprensible.

Creo que soy modernista y ultraista en un sentido racional. Ahí está mi obra.

Se puede ser ultraista como Rabindranath Tagore y como Juan Ramón Giménez en algunos casos, pero no como los poetas que el señor Guillermo de Torre nos dá en su Antología ultraista.

“Todo el mundo sabe ya, por fortuna, que en los últimos lustros del siglo pasado estalló en Francia una revolución poética, cuyos caudillos, antes de ser llamados “simbolistas”, aceptaron de grado y lucieron con orgullo la denominación de “decadentes”. También es cosa averiguada que el influjo de este movimiento, detenido durante algunos años en los Pirineos, nos llegó, ya traducido y asimilado, de la América española cuando aun no apuntaban por acá los primeros imitadores directos de Verlaine y de Mallarmé. ¿En qué consistía la reforma? Exteriormente, en el empleo de vocablos raros o exóticos; en el menosprecio de la sintáxis; en la arbitraria e irregular alternación de metros; en la consonancia intermitente, defectuosa o nula; en la concesión de los honores de la rima a meras partículas gramaticales o a trozos de palabras; en el abuso de asonancias internas; en la disolución de cesuras y acentos; en la supresión de las pausas de sentido, y, para acabar pronto, en la violación constante y jactanciosa de todas las reglas y formas de la poesía clásica. Interiormente... ¡Ah! Esto

no era tan fácil de percibir a primera vista. Sólo más tarde, moderada la gesticulación y gritería de los innovadores y agotadas las burlas con que los recibió la crítica, pudo advertirse en la poesía de los “decadentes” un fervoroso anhelo de espiritualidad, una concentración de todas las potencias encaaminadas a descubrir lo más íntimo y personal del respectivo temperamento, y, sobre todo, una exaltación casi dolorosa de la capacidad sensual y emotiva siempre en acecho de ritmos, de matices y de imágenes con que expresar lo fugaz, lo impreciso, lo subconsciente, aquello, en fin, que, en la Naturaleza, no logra una realización definitiva.”

Julio Casares.

A B C No. 4616.

“¿A qué las palabras nuevas, si nos basta y sobra con el tesoro de las palabras viejas? —dice Roque Barcia, en la Introducción de su obra “Sinónimos castellanos”—... el neologismo ha dejado de ser una figura retórica, un medio prudente de asimilación,

para convertirse en una moda, en un capricho, en una interminable manía.”

“Esta poesía hecha de manera tan moderna; y tan antigua!”

Ruben Darío

(Hablando de “Vieja llave”, de Amado Nervo).



Precisamente ha sido Vildrac quien, de concierto con Duhamel, ha formulado ciertos principios que, aun presentándose sueltos, sin formar cuerpo de doctrina, sin constituir un “arte poética”, como la que hubieran constituido en otra edad más lenta que la actual, fijan puntos de técnica y asientan, por decirlo así, la nueva “retórica” en su verdadero sentido de observación y aplicación.

Proclaman, en primer término, ambos poetas, un principio de libertad contra las antiguas reglas, convertidas ya en “servidumbres”. No dejan de reconocer que “en tal cárcel han nacido incomparables obras maestras” pero, por dignidad, su arte no

quiere someterse a las reglas inventadas por otros y ciegamente seguidas por muchos. “¿Qué pensar del poeta—hay casos notorios—cuya emoción se acomoda, en un soneto, a cuatro palabras difícilmente conciliables, pero imperiosamente determinadas, por ser las únicas rimas ricas de que la lengua dispone?” Con esa libertad alardean de individualismo: “Los que poseen su verso libre, aténganse a él; no se abandona más que el verso libre”.

Por lo tanto, un verso libre nacido en cada poeta según sus aspiraciones y sus gustos, con un sello personal, en suma, ha de ser la forma poética de los tiempos nuevos. A veces, la variación de los acentos, simplemente, puede ofrecer un tipo de verso personal, aun dentro de la unidad silábica del alejandrino. Este principio, desde que los románticos se tomaron las primeras libertades sancionadas por el gusto público, había de venir naturalmente. Demuestra, además, que las llamadas reglas son espantajos sólo capaces de ahuyentar al que tenga miedo: los poetas, como los héroes de

los cuentos de fantasmas, son los que se **atreven**. El prestigio del fantasma dura mientras dura el temor; en cuanto un hombre decidido se le acerca y hace caer de los palos de escoba los andrajos que movía el viento, colaborador inconsciente de la superchería, nada más mezquino y lamentable. La historia de la poesía — y acaso la historia universal — no es, filosóficamente, otra cosa: osar a lo vedado.

Pero, en la libertad, queda todavía algún residuo de la vieja esclavitud. “Esperamos el momento en que el alejandrino, dentro del verso libre, no haga efecto de estar impreso en negritas. En el ejército colorín y pintoresco de los metros, ha de hacer que se olvide, cuando aparezca aquí y allá, que lleva el uniforme de las antiguas tropas regulares y va marcando el paso...”

La pobre rima... la pobre rima naufraga, pero no del todo. “Hay asuntos que exigen período de versos regulares y aun consonantes rigurosos”. El consonante deseiende, de primer galán, a comparsa; se le dá un papel accesorio y decorativo.

Quedan, pues, al arbitrio del poeta, las resoluciones técnicas de su verso. **Pero la libertad implica responsabilidad.** “Los poetas de hoy, han de evitar, más que nunca, que el sentido crítico se les adormezca”. La observación de muchos modelos ha hecho acertar a Duhamel y Vildrac con una que llaman “ley de constancia rítmica”. Es un período silábico que persiste a través de una composición entera o de una parte de ella: “los versos regulares están, pues, reducidos, únicamente, a su constante rítmica”. En los versos libres, la constante puede variar de puesto, combinarse con otra y establecer, según el oído del poeta, un equilibrio en toda la poesía. El oído no ha de caer tampoco en supersticiones: “las costumbres del oído cambian y han de seguir cambiando”.

Y con esto una porción de recursos: asonancias, aliteraciones, rima interior, simetría... “la infinita variedad y la continua adaptación”.

Un crítico al uso dirá que esto es la más completa anarquía; ¿qué medios de com-

probación, qué patrones, qué modelos le quedan? Si el papel de crítico se redujese a contar las sílabas y a ver si los acentos **caen** en su sitio, ninguno más fácil; pero ya no hay sílabas, ya no hay acentos más que a voluntad y gusto del poeta. ¿Entonces?... Entonces, el crítico ha de comprobar en cada caso la regla de oro con que Duhamel y Vildrac cierran su libro: "... Pero, ante todo, hay que ser poeta".

E. Díez Canedo

"Hermes", Julio 1920.



Hay poesía viva, natural, y hay poesía artificial. Claro está que la última, en rigor, no es poesía, pero precisamente pasa por serlo más que la otra, como una flor de papel pintado, que no es flor, puede parecer más hermosa que la nacida de la tierra. Y éste es el error que hay que desvanecer: queremos decir que **hay que educar el sentido en la realidad.**

Poesía viva es la expresión balbuciente, de puro emocionada, de la realidad que

palpita en el fondo de nuestra inconsciencia. Poesía artificial es la frase rítmicamente construida sobre un sentimiento que ya ha pasado por la inteligencia. Somos poetas de verdad, cuando forzados por el ritmo de una delicia misteriosa que nos produce súbita e inesperadamente una realidad, la cantamos sin saber lo que nos decimos. Parecemos poetas, y hasta a veces grandes poetas, cuando embriagados por pensamientos sentimentales, acertamos a fundirlos métricamente al calor superficial de una elocuencia escogida.

Juan Maragall.

Obras completas — Artículos — tomo IV
— pág. 113.



Epílogo del novecentismo

Simultáneamente al estallido del último obús — septiembre de 1918 — en los agros de batalla, donde algunos intelectuales europeos, representantes de las más nuevas y prometedoras generaciones, se truncaron

heróicamente — desde Charles Peguy a Ernst Stadler, pasando por Rupert Brocke y Umberto Boccioni — afloró en el campo intelectual de España una audaz, juvenil y potencialísima tendencia de superación literaria ilimitada: el **Ultraísmo**.

Ya anteriormente, durante los años de guerra, fueron surgiendo aisladamente diversas figuras y tendencias, unánimes en el anhelo de rebasar las imperantes normas modernistas, aboliendo sus últimos residuos caquéticos y superar ideológicamente los credos y módulos peculiares del movimiento **novecentista** o **modernista** de 1900, por antonomasia, y subsiguientes generaciones epigónicas. Pues la evolución literaria vigente en las letras españolas, hasta el advenimiento del **ultraísmo**, ha sido, en el sector poético, la iniciada por el magno poeta Rubén Darío, y fecundatriz de una triunfal modalidad, jalonada por una larga estela de prestigiosas figuras, que poseen un indudable valor germinal.

La pródiga cosecha lograda por estas generaciones no ha de ser hoy objeto de nuestro estudio. Sus obras constituyen y

constituirán, para los jóvenes actuales, un ejemplo de altitud espiritual en la aurora del siglo XX, como reacción derroadora y superatriz de la mediocridad característica imperante en las postrimerías del siglo anterior. Las obras de los innovadores de 1900 distendieron durante tres lustros el arco de sus intenciones, signando con sus huellas los florecimientos posteriores en la misma ruta de secuencia epigónica. No obstante, en 1915, el óvulo novecentista inicial estaba ya exprimido totalmente hasta devenir estéril. Pues solo la generación primicial de 1900-1905 fué la aportadora de módulos originales y aclimatadora de otros exóticos contemporáneos, consiguiendo en sus libros primeros fijar la pauta directriz y forjar los troqueles modeladores de la poesía modernista — denominada sintéticamente y por antonomasia “rubeniana”, pues Rubén Darío fué el representativo lucífero que iluminó el horizonte, abriendo los cauces métricos y descubriendo la toponimia mitológica y peculiarizante que todos después habrían de cultivar.

Sólo esta generación primogénita de hermes resistirá en sus más puros libros germinales, henchidos de nuevas intenciones líricas y estremecidos de personales vislumbres innovadores. Mas en un plano de tiempo relativo. Porque, aun hoy, en el alborar arduo de otra generación básica y ante las miradas rigurosas de los novísimos poetas, son contemplados como náufragos inmersos los hermes novecentistas, excepto algunos que como Juan Ramón Jiménez, a partir del **Diario de un poeta recién casado**, y Ramón del Valle-Inclán, desde su reciente libro caricatural y funambulesco **La pipa de kif**, han evolucionado ascensionalmente, rejuveneciendo su personalidad y adquiriendo así relieve para destacarse en nuestra galería de auténticos valores vivientes.

Las generaciones de poetas posteriores de 1907, 10 y 12, fueron representadas por grupos de *sumisos discípulos* o *imitadores*, que sin aportar ningún fruto suyo peculiar, tendieron únicamente a prolongar las resonancias de sus progenitores, dentro del tematismo habitual, y a través de sus sen-

sibilidades, acaso más buídas, pero incapaces de capturar nuevos matices insólitos y personales.

Esta tendencia de senectud y decaimiento se acentuó aún más en la generación subsiguiente de 1914, formada por una cohorte de poetas apersonales que agravaron totalmente la agonía del ciclo modernista, agotando las perspectivas exhaustas y topificando hasta el hastío sus tematismos distintivos: reminiscencias verlainianas del simbolismo francés, delicuescente sentimentalismo lunar y exaltaciones de los paisajes y de los tipos castellanos—resurrectos por los del 98 en su anhelo de hallar la raigambre de los tropismos iberos.

La acogida de esa modalidad, hasta en las publicaciones más gregarias, favorece la irrupción de una **troupe** de cantores misoneístas, que cultivan un género híbrido y confuso, especie de bisutería poética, carente de todo valor, de carácter pasajero, y que merece el más agresivo desdén de los jóvenes auténticos, alboreantes y únicos en su radical soledad germinal...



Presentamos ahora a los paladines ultraístas. Pasan de treinta poetas y prosistas de muy diversas personalidades, los jóvenes literatos destacados dentro de esta modalidad, aunque algunos de ellos tuviesen ya un perfil avanzado distinto y otros lanzasen su primer vagido de pubertad en el seno del Ultra.

Con ser tan relativamente rápida la profusa reproducción vivípara de poetas ultraístas—aflores en diversas regiones de España, y no solo en Madrid—en la siguiente Antología, formada expresamente para **Cosmópolis**, solo incluyo los nombres de los poetas más valiosos, prometedores y ultraístas **per nativatem**. He aquí algunos **specimens** de poemas ultraístas, seleccionados entre los más característicos de cada poeta:

VERBENA

Las carreteras vírgenes
cogidas de las manos

ofrecen sus vientres desnudos
a los aeroplanos

En un beso sin alas
me remonté a una estrella.

Aquella nube blanca
que me enjugó las lágrimas

hoy ha muerto de pena

De mi sortija penden
todos los merenderos

y en mis hombros reposan
los senderos

HE CAIDO

Las miradas de todas las doncellas
se habían enroscado en mis pies

ADELANTE

El humo de mi pipa pita como un tren

José de Ciria y Escalante

CANCIÓN LEJANA

Yo quiero
columpiar mis miradas de un lucero

Y antes mis ojos cuantas
luces de filamento
y la luna
pantalla cinemática
boya para los náufragos
Los marineros
por exceso de carga
lanzan sus canciones por la borda
Me bañaba en tu risa
terma de brisa fresca
y mi cuerpo esponjado en tu recuerdo
Yo dormiría siempre
en la palmera rubia de tu pelo
y mi boca jirafa
para morder las piñas de tus besos.

Adriano del Valle



CREPÚSCULO

El sol vuelto de espaldas
Lanza puñales de oro
A los espejos de la mañana
Las arañas viajeras
cuelgan chales de sombra
en las espaldas de las mujeres

que visten trajes de cola.
Las locomotoras viudas
Gritan con sus gargantas ebrias
De haber bebido el éter de los adioses
Mientras en todas las ventanas
El pavo real de los incendios
Abre sus ojos tornasoles
Los niños en el arroyo
Para sus madres pobres
recogen el último oro
Las estrellas rompen el negro
casarón de los telescopios
Y la luna otoñal esparce
sus hojas secas sobre todo

Juan Las

BRUMARIO

El viento gesticula
Psalmodia la arboleda
Lluvia astral
Aviónicas hilanderas
tejen el lino nostálgico
de la neblina boreal
Pintores pluviosos
barnizan las praderas ancladas

ella se ha prendido
 el collar hepatacromista
 del arco-iris resurrecto

OTOÑECE

SOLEDAD

AJENJO

El horizonte mustio
 destríe sus pétalos
 Y en el brumario andrógino
 el vértice
 de la ataraxia dehiscente

Guillermo de Torre

Ahora unas estrofas de Juan Ramón Giménez y unas buenas palabras de León-Felipe:

¡No, si no caben mis horas
 ideales en las horas
 de mi día material!

¡Si no es posible que corte
 la rosa de fuego, hasta
 dejarla justa en los límites
 que le da el reló implacable!

¡Si mi vida entera es
 sólo una hora, y tan solo
 podría la eternidad

ser mi mañana o mi tarde!
¡Esta es mi vida, la de arriba,
la de la pura brisa,
la del pájaro último,
la de las cimas de oro de lo oscuro!
¡Esta es mi libertad, oler la rosa,
cortar el agua fría con mi mano loca,
desnudar la arboleda,
cojerle al sol su luz eterna!
¿Nada todo? Pues ¿y este gusto entero
de entrar bajo la tierra, terminado
igual que un libro bello?
¿Y esta delicia plena
de haberse desprendido de la vida,
como un fruto perfecto, de su rama?
¿Y esta alegría sola
de haber dejado en lo invisible
la realidad completa del anhelo.
como un río que pasa hacia la mar,
su perenne escultura?

Si estas estrofas de Juan Ramón Giménez son poesía ultraista, estoy conforme con que hay poesía ultraista buena; pero mal juicio creo que forme de la poesía ultraista todo lector discreto si ha de atenerse a la antolo-

gía de ultraistas que nos da Guillermo de Torre en "Cosmópolis".



Y la última palabra es ésta:

"Con estos hombres preceptistas o ultraistas — que se juntan en partida para ganar la belleza, no tiene nada que ver el arte".

"En el verso de un poeta nuevo, por mucha personalidad que tenga, ha de haber siempre ritmos de su raza, lo específico de su pueblo, que es lo genérico del poeta, y por encima de esto el signo particular de él"

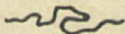
"Y si esto es así, después del brillante resurgimiento de nuestra lírica moderna, vuelta hacia el corazón de la raza, es doloroso que maneras extrañas pretendan nuevamente desviarla de su cauce".

"Con las amplias libertades de la métrica moderna, ya del todo desencadenada, podemos los poetas castellanos decir lo subjetivo y lo universal, lo pasajero y lo eterno. Podemos decirlo todo, pero cada uno con su voz, cada uno con su verso; con un

verso que sea hijo de una gran sensación
y cuyo ritmo se acorde al compás de nues-
tra vida y con el latido de nuestra sangre”.

“No quiero el verbo raro
ni la palabra extraña;
quiero que todas,
todas mis palabras
—fáciles siempre
a los que aman—,
vayan ungidas
con mi alma”.

León-Felipe.



Grafología

ME dijo con una encantadora gracia de sibila bella y joven, radiante su mirada de entusiasmo:

—¡Creo en la grafología!

Y, examinando reconcentradamente mi autógrafo, se puso a señalarme algunos rasgos salientes de mi carácter:

—Tiene usted buenas cualidades: bondad, orden, sensibilidad... este trazo... sí, generosidad... Pero este engreimiento en esta letra... ¿es usted vanidoso? Sin embargo, aquí encuentro el signo de la modestia suma... Desde luego en su letra está la característica comercial... ¡qué contraste! y otras cualidades... ¿No le importa que le delate las malas?

—No, al contrario: así me daré cuenta de ellas y me las podré combatir.

—¿Es usted enérgico, violento acaso?

—A veces lo soy, deplorándolo en seguida.

—Sí, esta **III** aislada, seca, de palitos cortados, es elocuente.

—Yo pensaba, siempre que me ponía violento, que era por influencias extrañas y no por mi carácter.

—Pues está en su carácter: lo acusa la ciencia grafológica.

—Entonces esa letra aislada, seca, de palitos cortados...

—Sí, es elocuente: inesperado, entre rasgos de un carácter apacible, salta lo violento.

—Yo me vigilaré.

Y desde aquel día dí en observarme.



Yo iba después, otro día, en mi carricoche. Por el ancho camino, y en dirección opuesta, venía un carro, corriendo si tenía que correr, con los briosos caballos a rienda

suelta, manejados por un mozo con trazas de insolente que reía y loqueaba en forma brutal con otros tres mozos que venían con él subidos en el carro.

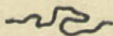
Yo aparté prudentemente mi carricoche, dejando anchura para que pasase el carro; pero el mozo que lo manejaba, con risotadas de aplauso por parte de sus acompañantes que le comprendieron la intención, echó sus caballos sobre mi carricoche pasando con toda violencia y casi rozándose las ruedas. Pude, desviándome súbitamente y lleno de pánico e indignación, evitar el contronazo bestial del que, sin duda alguna, hubiésemos salido destrozados mi carricoche y yo.

Los mozos, al ver mi susto, detuvieron su carro riéndose a carcajadas. Entonces mi indignación subió de punto y, sin considerar, que era una travesura salvaje de jóvenes bárbaros, detuve mi carricoche y echando pié a tierra saqué mi revólver y comencé a tiros con los del carro. Ellos, ilesos milagrosamente, arrearon a todo galope fustigando a los caballos y yo me quedé con-

siderando la burrada, con el revólver descargado en la mano...

Oh, la ciencia grafológica... oh, aquella **III** aislada, seca!...

Seguí con una mirada de odio y de fuego a los del carro que ya iban muy lejos... ¡Yo habría querido matarlos a todos... no perder ni una bala!



Agresividad del talento

YO deseo tener unas horas de expansión, de honda y mutua comunicación, con persona de talento, con persona observadora y conocedora de esta pobre humanidad llena de flaquezas y de niñerías y de incoherencias, y me digo: "Delante de esta persona seré natural, llano, ingenuo, despreocupado"...

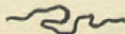
Y, efectivamente, así lo soy delante de personas inofensivas por su limitación intelectual, encortadas y prudentes en su temor de ignorancia...

En cambio — pese a mi propósito — no me encuentro francamente cómodo delante de aquella persona talentuda: un algo agre-

sivo en ella me molesta, me hiere... ¿Será el talento... la superioridad?

Esta incomodidad suele desaparecer cuando aquella persona nos infunde confianza con su llaneza, cuando establece con nosotros un trato sencillo como de igual a igual...

En realidad, es que tememos un talento crítico y severo; pero no el exquisito y fino, talento que sabe diluirse, en una corriente de familiaridad y de indulgencia, como un dulzor...



El rico país

YO tenía una regular fortuna y me fuí a un país rico y de mucho progreso, para gozar de mi mediana posición. Y resultó que, en aquel país rico, me encontré pobre: tenía que vivir en un chirivital, no podía permitirme el lujo de una criada, todo costaba un sentido: una flor, una fruta, valían un dineral...

Entonces, y con un pequeño resto de mi capital, me marché a un país muy pobre y resultó que yo era, allí, un rey chico: un caserón enorme, casi por nada; un jardinero, un cochero y dos criadas, por algo más que la comida; miel, frutas, caza, poco menos que de balde... y todo así. No había

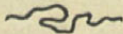
huelgas, la política era una cosa privada de unos cuantos señores, apenas había periódicos, ni se sentía el silbato de un tren...



Bien sabeis que la riqueza es una cosa relativa.

Una persona cultísima me hablaba así el otro día, incurriendo en un triste contrasentido:

“Se me cae encima esta ciudad provincial: muerta, sin refinamientos, sin comodidades... Oh la metrópoli. ¡Lujo, confort, cien sitios en donde comer variada y exquisitamente, lo que se pida, lo que se quiera... cocina de todos los países, frutas y manjares extraños, exóticos... Eso sí: se gasta un dineral, no me alcanza cuanto gano, se vive en una perpetua ansiedad de dinero, se siente la escasez y la pobreza entre tanto fausto y abundancia”...

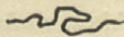


Persistamos



DEBEMOS ser productores, estudiosos, organizadores, conservadores, ordenados, armónicos...

Si estas cosas tienen una importancia moral o respecto de lo que se viene llamando civilización, progreso humano o permanencia de la cultura, bueno; y si no tienen importancia en cuanto a lo moral — porque lo moral resulte un fútil convencionalismo — serán estas cosas útiles, de todos modos, a la vida netamente orgánica y material, que es finalmente la verdadera vida.



El afán de perfección

BUENO es el afán de perfección si nos entregamos a él convencidos de que lo perfecto no existe.

Porque de este modo trataremos de hallar la perfección en lo imperfecto, lo cual es un verdadero camino de perfección.

Un extremado afán de perfección nos llevará al desencanto de no hallar en nada lo perfecto.

En cambio reposaremos en una consoladora conformidad, si damos en hallar lo perfecto de lo imperfecto.

Es triste ese estado de irritación cuando nada lo hallamos bien: nada sale a nuestro gusto, nada nos satisface del todo, deshace-

mos lo hecho, rompemos lo escrito...

¿Y en las personas y las cosas? Nuestro afán de perfección nos enagenará todo acuerdo y todo contento y gusto.

Es en nosotros mismos donde hemos de hallar la perfección de todo, en esa conformidad razonable que tiene para todo un gesto de indulgencia, cuando no es que encuentra la gracia en el defecto.



La triste curiosidad

¿A qué la inquietud de lo que haya después de la vida? Siglos y siglos esta mañana, y nada se ha podido inquirir.

Vivimos y pensamos y somos espirituales, más o menos. Esto es todo.

Nuestro organismo vive ciegamente; nuestra mentalidad y nuestra sensibilidad pueden ser ansias de ver, pero no son ojos que penetren la noche que nos rodea.

Es una ventaja tener un delicado paladar, un fino olfato, un tacto sutil, un privilegiado oído... Pues una ventaja así, y nada más, es la de ser imaginativos o sentimentales... Ventajas de nuestro organismo para vivir mejor o más agradablemen-

te o más intensamente la vida orgánica: única vida.

La imaginación y la sensibilidad dán figura y extensión y belleza a la vida; nada más.

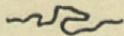
Las intentonas para penetrar el misterio, mental, o espiritualmente, son inútiles.

¿Y hay que desesperar por eso?

Ni la vida es cárcel del alma, ni breve tránsito, ni tan pequeña y deleznable cosa. Es todo eso cuando nos atormentamos con la triste curiosidad y manía de lo ultraterreno.

La vida, nuestra vida puramente orgánica, es una cosa inmensa, es el universo, nuestro universo...

Aceptemos que la vida no es más que esto y cómo es y, desde que lo aceptemos sinceramente, nuestra vida, esta vida, será una cosa maravillosa y grande, digna de nuestro vivir orgánico y de nuestro sentir y de nuestro pensar, sin vivir, como nos empeñamos en vivir, absurdamente, fuera de este mundo y de nosotros mismos .



El más allá



Luego que se ha pesado el sol en la balanza, y se han medido las fases de la luna y se ha dibujado el mapa de los siete cielos, estrella por estrella, todavía quedamos nosotros: ¿quién puede calcular ni precisar la órbita de su alma?

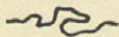
OSCAR WILDE - ("De Profundis")

¿No será preferible este mundo con su cielo de estrellas, que es lo nuestro, y no la Tierra como un astro mísero en el universo inabarcable?

Todavía nos queda nuestra imaginación para remontarnos a los divinos espacios...
¿Y qué más alas que las de nuestro pensa-

miento y qué más universo que el de las estrellas de nuestras ideas?

¡Ese mas allá!... ¡Pero hemos tocado, si- quiera, las orillas del más allá que hay dentro de nosotros mismos?



La palmeta de

Doña Amalia

DOÑA Amalia era una maestra de escuela buena como un ángel. Era soltera y ya vieja... tenía la cara como una pasita. Había estado de novicia en un convento y no pudo seguir porque no le probaba.

Doña Amalia era muy devota de Santa Teresa de Jesús. En una salita de la escuela tenía un altar con Santa Teresa. El colegio estaba bajo la advocación de la Santa.

Doña Amalia también usaba palmeta, triste emblema de la enseñanza, pero... ¡oh, la palmeta de Doña Amalia! Dice una muy querida amiga mía que fué al colegio de Doña Amalia: “Era la palmeta aquella una reglita corta y delgada con la que Doña Amalia, más que pegar, acariciaba nuestros dedos”...

Sí, debía de ser así, porque esta amiga mía agrega los siguientes interesantes detalles del “Colegio de Santa Teresa de Jesús”:

“Doña Amalia hacía que la besáramos, a la entrada y a la salida... Solíamos decir que su carita de pasa la tenía gastada de nuestros besos... Cuando nos tomaba lección de memoria, nos la iba diciendo palabra por palabra y siempre terminaba de este modo: “¡Muy bien! Así quiero: que estudiéis y que seáis buenas”. Claro, las lecciones de memoria no las estudiábamos nada. En las tareas del colegio le ayudaban su madre y una sobrina. La sobrina, Matilde, tenía mucha habilidad para sacarnos los dientes, sin dolor, a las que los estábamos

mudando. Doña Ana, la madre de Doña Amalia, era un pedacico de pan: nos daba lección de catón y nos contaba cuentos’.

Y yo, en todos estos finos y tiernos detalles, veo la palmeta de Doña Amalia, con la que, más que pegar, nos acariciaba los dedos.



De las citas literarias

HAGO en mis libros citas de algunos autores; al frente de algunos de mis libros de versos pongo versos de algunos clásicos.

Quiero explicar mi manera en estas citas.

Yo no hago mi trabajo a base de una cita, sino que, después de hecho mi trabajo, suelo encontrar, en mis lecturas, una cita que le viene bien, y entonces la aplico.

Yo pongo una cita para reforzar mi trabajo con aquella otra idea, o muestra, utilizada.


El encuentro de tales ideas o muestras autorizadas que refuerzan las mías me alegra siempre, si bien veo que aquello que se

me ha ocurrido, ya se les ocurrió antes a otros. Pero me parece mejor la satisfacción en estos caminos del pensar, por haber hallado en ellos otras guíadoras y alentadoras huellas, que no el engreimiento de una vana originalidad, dando traspiés en el intento de marcar en lo escabroso y salvaje nuevas rutas.

Me parece muy bien que podamos exclamar: "¡Ved qué bello y original es ésto!" Pero me parece mejor que digamos: "¡Ved qué cierto y claro es ésto! No me he engañado yo, que otros ojos lo han visto, y así me alienta la esperanza de que otros también lo verán y de que será, cada vez esto que os digo, más claro y más cierto."



De lo razonable que es
el aceptar
razonablemente toda
sinrazón

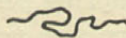


SE dejan llevar de sus ciegos impulsos: juzgan apasionadamente, por cualquier cosa — por una miseria — se ceban babeando encono... No ven que el motivo no es el verdadero motivo, sino que lo es aquella antipatía que sienten (y de la que no se dan cuenta) por aquella persona detestada, abominada... Y muchas veces, aquella antipatía es una envidia recóndita, desconocida del mismo que la siente y sin que na-

da, al parecer, pueda justificar esta envidia.

—Es así; pero uno sufre de ver esos impulsos, esa animosidad hostil, ese enconado apasionamiento que no solamente no razona, sino que rechaza airado toda observación razonable.

—Pero usted se exalta, usted se irrita, usted se descompone en su indignación contra el ciego impulso, y esa irritación de usted tampoco es razonable. Desde el momento que nos dejamos llevar de un arrebato de nuestra razón, ya no razonamos y, acalorados, venimos a ser como aquellos otros que en su apasionamiento se encienden. No seremos razonables mientras no sepamos reprimirnos en nuestra razón (o impulso) comprendiendo y aceptando como razón la sinrazón de los demás.



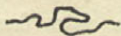
La inspiración

LAS ideas son algo ageno a nosotros mismos.

Escribimos muchas veces en un estado de presión interior tan fuerte, mental o sentimental, que las ideas fluyen solas...

Hay cosas que las guardamos recién escritas y que luego, olvidadas, al releerlas, las desconocemos... Aseguramos seriamente que si algunas de esas cosas las leyéramos en una publicación sin nuestra firma, no pensaríamos que eran nuestras...

¿Quién vive en nosotros, a veces, y nos inspira? ¿Quién nos dicta?



Ideas fundamentales

ES lo general señalar defectos sin tener presente que tales defectos más bien son condiciones naturales de la vida y de las cosas.

Y es general también pedir que se corrijan los defectos sin determinar prácticamente el cómo y manera.

La costumbre de dar consejos imposibles de seguir, también es muy graciosa: Decimos a una mujer perdidamente enamorada: "Olvide a ese hombre". Y a un alcohólico: "No beba". Y a un jugador: "No juegue".

Azorin recuerda esta frase de Castelar: "¿sabeis cual es el mal eterno de la situación? El menosprecio de las ideas".

Aceptado: ese es el mal. ¿Pero cómo haremos para que las ideas no sean menospreciadas? Eso es lo que no nos dicen Castelar ni Azorin.

Y, luego, Azorin nos dice esto más:

“Y si hay que poner un poco de orden en la vida española, un poco de claridad, un poco de lógica, será preciso que algún hombre recto, sincero y enérgico enuncie ante el país, como programa indispensable de gobierno, tres, cuatro o seis grandes y fundamentales ideas...”

¿Pero en dónde está ese hombre, quién será, cuales son algunas de esas fundamentales ideas?

Divagamos remedios y paliativos sin concretar nada práctico y realizable.

No creemos que “el mal eterno de la situación” sea el menosprecio de las ideas, sino los pensadores menospreciando las cosas tal y como son.

Labor de hombres de verdadero talento y de verdadero gobierno será la de adaptarse a las cosas.

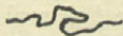
Un hombre de gran gobierno será el que

aproveche hasta los defectos del pueblo que, bien mirado, no son sino condiciones naturales.

Nos parecen ideas fundamentales:

Determinar medios prácticos, posibles, realizables, para arreglar las cosas.

Y aceptar lo malo y lo defectuoso como condiciones naturales y como elementos que hemos de aprovechar.



Libro-joya

LA materia que emplea el pintor o el escultor, es pobre en comparación con las palabras. Las palabras no solamente tienen una música tan dulce como la de la viola y el laúd, un color tan rico y vital como los que nos hacen tan adorables los lienzos de los Venecianos o de los Españoles y una forma plástica tan cierta y segura como la que se revela en el mármol o en el bronce, sino que además poseen realmente ellas solas el pensamiento, la pasión y la espiritualidad. Si los griegos no hubieran hecho más que la crítica del lenguaje, no por eso de-

jarían de ser los grandes críticos de arte del mundo”.

Oscar Wilde.



¿Habeis meditado sobre la egregia austeridad de la literatura?

El arte musical descenderá desde sus más encumbradas posiciones a lo más plebeyo y se difundirá haciéndose popular, callejero, vulgar si se quiere en charangas y organismos...

Lo mismo sucederá con la pintura, con la escultura, con la ornamentación, en los cromos, en las bisuterías, en las edificaciones mediocres, en los cacharros...

No así la literatura: la mala literatura desaparece pronto volviendo a la nada en los montones de papel para envolver o para ser hecho pasta nuevamente... Y la buena literatura queda retirada, alejada, en la vida austera de su nobiliario encumbramiento... Se predica la vulgarización de los buenos libros; pero no se consigue a pesar de que se intenta con populares ediciones.

Los buenos libros, aunque se editen en papel de estraza, son siempre aristocráticos.

La pintura, la escultura,—la misma música—son ostentosas, llamativas. ¡Pero habeis meditado sobre la austeridad de esa joya discreta, de aspecto insignificante, que se llama un buen libro? Es un tesoro y, por caro que os lo cobren, lo comprareis por casi nada, en relación a su valor. Es una joya, que por sí sola, sin exhibición, sin dificultad, sin salones, sin orquestas, brillará en donde quiera con su exclusivo resplandor... Es una joya que lo mismo en la noche, que en la soledad, que en la prisión, brillará deslumbradora. ¡Y es una joya tan mágica que—como aquella de Aladino—a su contacto se alumbrará la noche y en toda soledad nos traerá compañía y en toda prisión nos hará libres!



Si teneis un espíritu afinado y culto, mirareis a través de los vidrios de un estante de libros selectos como se suele mirar a través de los vidrios de una vitrina que

guarda ricas joyas... Leyendo los títulos, deslumbrará vuestra imaginación la divina pedrería que encierran aquellos volúmenes... ¡Qué profunda atracción la del escaparate de una librería que os llama con las frescas tintas de algunas obras nuevas! ¡Qué encerrarán aquellos estuches de artífices nuevos o desconocidos? ¡O qué novedad nos presentará aquel famoso y ya conocido artífice de la palabra, de la emoción y del pensamiento? ¡Cuándo compráis aquel nuevo libro y lo lleváis en vuestra mano, no os produce su tacto una exquisita voluptuosidad? ¡No os parece que acariciáis carne de ideas y de bellas palabras? ¡No sentís una viva necesidad de recogimiento, de retiro sagrado, para gozar de aquel tesoro que lleváis en vuestras manos oprimiéndolo dulcemente? ¡No es como un rapto amoroso ese alejarse con apasionada ilusión a un nido, llevándoos la prenda codiciada, ese libro virgen, cuya carne y cuyo espíritu vais a poseer y a penetrar...?

Disponernos a abrir un nuevo libro que nos interesa, es como disponernos a desco-

rrer un velo en los espacios... ¡Qué recóndito y fino placer en el tacto de aquellas hojas de un libro por primera vez abierto!...

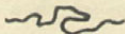


Hemos salido a pasear al campo y llevamos con nosotros un buen libro. ¿Vamos a leer? ¡No! Salimos a ver las montañas, a gozar de los árboles, a contemplar las flores, a ver correr las aguas cristalinas... Si en este paseo nos acompañase un estimado amigo, no hablaríamos con él constantemente: quizás iríamos en silencio y cambiaríamos una palabra, de vez en cuando... Pero conocemos a nuestro amigo, sabemos cómo piensa, cómo siente... y nuestros espíritus sostienen un diálogo en silencio, ante el espejo de un manantial, ante un árbol centenario, ante una roca milenaria, ante una nube que vuela por los cielos, ante un águila que cruza los espacios...

Pues este libro también es nuestro amigo, un silencioso discreto amigo que, cuando le interroguemos, nos hablará amable-

mente y que, cuando no le hablemos, irá a nuestro lado sosteniendo su espíritu y el nuestro un diálogo sutil y silencioso ante la vista de las cosas...

No hemos salido a leer, pero aunque no leamos, sentimos la grata compañía de este libro cuyo tacto entibia nuestra mano con un dulce calor de amistad.



¡Ese añhelado ambiente!

UN amigo intelectual me escribe desde un pueblecito de España: "Hago una vida idiota; aquí no se puede hablar con nadie".

Desde Madrid me escribe otro: "Esto es una porquería: los literatos se pasan la vida arrancándose unos a otros el pellejo y haciendo chistes".

Y desde cualquier punto de esta república me repiten esto otro: "Es un ambiente de puro mercantilismo; no se puede vivir intelectualmente".

Yo mismo he dicho, quizás, todo eso. Pero me retracto. Somos verdaderos monos

de imitación y, hasta para opinar, imitamos, repetimos opiniones y juicios ligeros, traídos y llevados. Si nos cuidáramos de observar atentamente muchas cosas, cambiaríamos radicalmente una porción de **conceptos hechos**. Nada tan absurdo como **los conceptos hechos**. Nada tan permanentemente variable como el concepto.

Es poco razonable la pretensión de los intelectuales de encontrar fácilmente ambiente de intelectualidad. Un gran ambiente de intelectualidad es difícil hallarlo; un pequeño ambiente puede encontrarse, en cambio, en cualquier parte: en un poblacho, en una aldea, y con mucha frecuencia en una ciudad provinciana alejada y austera... En las grandes ciudades y cortes, aun con la abundancia de intelectuales, el ambiente de intelectualidad suele estar pervertido.

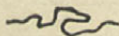
Además, un ambiente de intelectualidad no lo forman precisamente los intelectuales ni la abundancia de ellos, sino los fieles fervorosos de la intelectualidad que pueden no ser apóstoles ni sacerdotes y sí creyen-

tes, de recogimiento y devoción... Y más culto hace un solo sacerdote en una ermita con unos cuantos sencillos creyentes, que no un cónclave de sacerdotes en la sacristía o en el coro de un gran templo frío y desierto...

Dos, tres amigos, una sola persona culta y preparada que visitamos de vez en cuando, bastan para procurarnos ese anhelado ambiente de espiritualidad, de intelectualidad...

Y en una ciudad americana como ésta, con su ambiente de febril mercantilismo, sabemos muy bien, para consuelo nuestro, que podemos hallar con frecuencia dos, tres amigos intelectuales, sentimentales, espirituales, o aquella persona culta, preparada, de percepción exquisita... Y con unos y otros, en un rincón sagrado o en una pobre ermita, siempre que sintamos el hambre divina, podremos dar al alma su santo pan.

Rosario de Santa Fé



¿Qué haremos

de nuestras hijas?

UN periódico norteamericano abrió un concurso entre sus abonados sobre este tema, y acordó conceder el premio a la contestación siguiente:

Dadles una buena instrucción elemental.

Enseñadles a preparar una comida conveniente, a lavar, planchar, remendar medias, poner botones, cortar una camisa y hacer todos sus vestidos.

Decidles que para ahorrar es necesario gastar menos, pues se tiene la miseria en

perspectiva cuando se gasta más de lo que importan las rentas.

Enseñadles que un vestido de algodón, pagado, vale más que uno de seda no concluído de pagar. Que sepan desde niñas comprar y hacer la cuenta de sus gastos.

Repetidles que un honrado obrero con delantal y en mangas de camisa, es cien veces más estimable, aun cuando no tuviera un centavo, que una docena de jóvenes elegantes, vanidosos, que ocultan su corrupción moral bajo apariencias amables.

Enseñadles a cultivar el jardín y las flores. Después de eso hacedles aprender el piano o la pintura, si teneis los medios de hacerlo; pero sabed que estas artes son secundarias y ocupan poco lugar en la existencia tratándose de hacer ésta feliz.

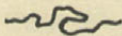
Que aprendan, sobre todo, a despreciar las vanas apariencias, y que cuando digan que sí, sea así ciertamente, y no, cuando dicen que no.

Cuando llegue el momento de casarse, inculcadles que la dicha del matrimonio no procederá de la fortuna o de la posición que tenga el esposo, sino de las prendas y

del carácter de éste.



Simpatizo con todo lo que sea un cuerdo y sano feminismo y, por eso, muy propia de este volumen, recojo esta página, cuyo espíritu es tan moderno como clásico.



Sea sentado todo juicio

Del diario de Tolstoi

(3 agosto de 1898, Pirogowo).

AL interpretar mis ideas se cometen — intencionadamente, o no — errores, que como ya he repetido, me irritan.

1°. Yo digo: Ni aquel Dios que creó el mundo en seis días, ni aquel que envió a su hijo a la tierra, ni este hijo mismo, es Dios, sino que Dios es el único bien, el inabarcable, el principio de todo lo que es... Y por sostener esto, se me acusa de negar a Dios.

2°. Yo digo: No hay que oponerse con fuerza a la fuerza... Y se afirma por esto

que yo opino que no hay que combatir el mal.

3º Yo digo: Hay que aspirar a la castidad. El más alto escalón es la virginidad, el otro, un matrimonio puro, y el inferior, el matrimonio impuro, es decir, el no monógamo... A esto se objeta que niego el matrimonio y predico la desaparición del linaje humano.



¡Cuántas torcidas y falsas y absurdas interpretaciones, no de Tolstoi, sino de tantos otros!...

Mesurados y escrupulosos debemos ser en todo exámen y apreciación, para evitar-nos equivocadas interpretaciones.



No seamos estrictos

NO podemos tener todos una completa preparación: por negligencia (temperamento) por falta de tiempo, por no tener a mano los elementos necesarios... Y, a pesar de esta falta de preparación, podemos tener una buena disposición para producir. Entonces es cuando se notará en nuestra producción desaliño, descuidos lamentables, errores... pero es posible que, a la vez, y por esta misma rústica espontaneidad dejada ir mal pergeñada, tenga la obra producida el encanto de lo natural y la gracia de lo simple. Hasta en la simpleza y hasta en lo disparatado hay gracia. Lo importante

es sentir “aquello” y tratar de quererlo expresar.

Los más entendidos, los más sabios, serán los menos estrictos: no se reirán, no harán ni burla ni escarnio, sino que dirán:

“Está bien: no es eso que dice, pero, hasta en lo disparatado, por la fuerza de expresión, hace que se comprenda lo que quiere decir”.

Fuerza de expresión y que se sienta y que se entienda, pese a todo, es lo que hace falta.



Excepticismo

TENEMOS una inclinación malsana: hace nuestras delicias el chiste mordaz, la ironía mortificante. Nos divierte el ameno excepticismo y le llamamos humorismo. Abunda un excepticismo falso, teatral, efec-tista; pero es raro el verdadero excepticismo: el de la melancólica decepción ante el análisis... el desalentado en su persecución de la verdad, viendo que ella se burla y juega con nosotros...

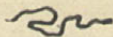
El falso excéptico, el humorista, nos hará reír y nos divertirá... Pero no así el verdadero excéptico que, a lo sumo, puede hacernos sonreír amargamente...

El excéptico no es un incrédulo ni un negador que no vé... Al contrario: a fuerza de mirar llega a ver que no puede ver...

La mirada del excéptico vé el vacío en el vacío... ¡más no se puede ver!

El excéptico es un sabio que no ha planteado una sola fórmula que no le dé por resultado cero.

El excepticismo es una ciencia triste.



Sinceridad

EL hombre interior (pensamiento, sentimiento,) pone ante el hombre su mundo impenetrable... Tan impenetrable que cada hombre halla un caos en su interior mismo....

La sinceridad es una luz en ese caos interior del hombre...

Con la luz de la sinceridad en la mano, penetramos a veces en nuestro interior y nos sorprendemos ante lo inesperado de lo que vemos, o nos sobrecojemos de temor... En ocasiones, tanto se ensancha el ámbito que nuestra luz no basta a mostrarnos lo que hay dentro de nosotros mismos, y reina

en derredor de nuestra luz la noche...

Si todos los humanos fuésemos por el mundo con la luz de la sinceridad en la mano—o con el corazón en la mano—la Humanidad resplandecería...

¿Pero cómo seremos sinceros?

Silverio Lanza — un hombre que brilló por su sinceridad—tenía sus reservas para ser sincero. Venía a decir que se podía ser sincero con quien estuviese a la altura de nuestra sinceridad, para apreciarnos y entendernos.

Y esto es un dolor porque, antes de ser sinceros, tendremos que penetrar aquella obscuridad medrosa de nuestro semejante, escondiendo nuestra luz...

Es lo que sucede generalmente: en el mundo marchamos todos a tientas, ocultando la luz de nuestra sinceridad y atisbando en la obscuridad de los otros... ¡Y así—porque todos ocultamos la luz de la verdad—reina la noche en el mundo...!

Si cada uno fuese con la luz de la sinceridad en la mano, no habría noche...

Y en la obscuridad misma, el mundo bri-

llaría como una noche de estrellas...

Y atraídos por la luz, iríamos unos hacia otros y nos acercáramos los hombres...

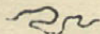
La sinceridad noblemente expuesta es blanca purísima luz... es campo abierto... es descifrado enigma... es medrosa tempestad resuelta en blanda lluvia... Curaremos el mal conocido, haremos enmienda en el error patente, tendrá respuesta la pregunta, verán calmada su ansiedad las almas...

¡Bella sinceridad si de ella hiciéramos un elevado culto!

Pero la sinceridad no es brusquedad, ni brutalidad cínica, ni atropello, ni violencia...

La sinceridad es contrita confesión, leal descubrimiento y noble confianza.

Y en el recogimiento de las almas en actos fervorosos de sinceridad, los oídos y los corazones serán sagrarios, y las palabras no harán vileza de nada por vil que sea, sino reconocimiento y consagración de la maravillosa y desconocida disposición de las cosas...



Índice

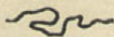
	Páginas
Mi libro es mi vida	7
A la manera popular	9
Inspiración	13
Puliendo la piedra preciosa	14
Comienzos	18
Entendimiento y estilo	24
Erudición	29
Lectura	31
Bohemia ideal	33
Teoría de simplicidad	38
Normas	43
Fino manjar	46
No tan satisfechos	48
Lamentable avispamiento	49
La inocencia	50
Los hombres y las plantas	51
La crisis del papel	53
De la claridad y de la sencillez	56
El modelo	58
El premio por castigo	61
La pareja ideal	64
Midamos las fuerzas de los niños	68
¿Qué es la felicidad?	70
Tenga un objeto nuestra vida	73
Sin camino	78
La vergüenza	82
Ridículo y cursi en lo chic	84
Analfabetismo	86
Ante los árboles	90
Fantasia de las flores	91
El misterio de las cosas	94
¡Pobres ciegos!.. ¡Pobres torpes!	97
Lo perfecto	99
El fuerte propósito	101
Los idiotas	103
Consciencia en el sacrificio	105
Parquedad	108

Ha sido alterado el orden anunciado de estas OBRAS COMPLETAS: "Hacia la nueva Jerusalén" saldrá á luz en otro formato, sin perjuicio de que, más adelante, esa obra, como todas las del autor, quede incorporada á esta colección.

Apéndice

DESPUES de terminada la tirada de este libro, he tenido algunas ideas más que me dá pena dejarlas fuera de estas páginas. «Cátedras de Política» y «Conservemos el hombre natural», ¿no podrían ser buenas y fecundas semillas?...

Copiosamente regada con lágrimas y sangre, y profundamente removida, está la tierra de este mundo: ¡Sembremos!



Cátedras de política

SE ha pervertido de tal modo la política, la administración pública, que se impone una rehabilitación noble y enérgica de esto que es lo más vital de la existencia de los humanos.

No puede vivir el humano sino socialmente, y no se puede vivir socialmente sin organización política, sin administración pública.

Por esta razón, hay que volver por la política sana, honrada, beneficioso a los intereses comunes.

Hace falta, para esta regeneración de la política, crear en todas las escuelas "Cátedras de política".

Y en estas cátedras hay que enseñar a hombres y mujeres, desde niños, lo que es la verdadera política: el honrado gobierno de los pueblos y su más honrada administración.

Hay que explicar en esas cátedras sencilla y claramente, lo que, por desgracia, ha venido a ser la política, desmoralizándose, y lo que es necesario que sea, regenerándose.

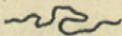
Hay que formar en esas cátedras verdaderos ciudadanos que sepan sus derechos y deberes; que sepan lo que significa el sufragio; que conozcan el porqué de los impuestos y para qué, entendiéndolo de la inversión de los fondos públicos y de la necesidad e importancia de los servicios públicos a todos beneficiosos.

Hay que enseñar a esos futuros ciudadanos lo verdaderamente noble y elevado de la administración pública, cuando cumple su misión de velar honradamente por los intereses morales y materiales de todos.

La honrada administración pública es la única administración que puede defender unos intereses sin atacar a otros; la honra-

da administración pública puede salvar todos los intereses por encontrados que sean; la honrada administración pública es el recto camino de sueños humanos realizables: orden, respeto, equidad, cultura.. Ciudades bellas e higiénicas, seguridad y custodia por escogidas guardias cívicas, caminos cuidados, abaratamiento y facilidad de la vida, enseñanza y estudios en su más alto grado, garantías para los débiles: desocupación, orfandad, pobreza... y, finalmente y culminando, asistencia médica, sanatorios, casas de amparo, casas de maternidad, casas de refugio...

Hay que enseñar a los niños, hombres y mujeres, que las contribuciones e impuestos, tienen por única finalidad la realización de ese bello sueño de bienestar humano, pero que no será alcanzada esa realización mientras todos no seamos buenos y honrados políticos que nos ocupemos con generosidad y entusiasmo del bien de los demás, del bien de todos, que ha de ser nuestro propio bien.



El propio consejo

Es general que nos parezca ver perfectamente claro el problema de otras personas y no el nuestro:

“Usted lo que debía de hacer es esto o aquello. ¡Ah, si yo estuviese en el pellejo de usted!”

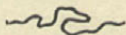
A quien le decimos ésto mueve la cabeza significando un triste comentario silencioso o bien exclama: “Sí, sí, qué bien se habla! Cada uno sabe sus cosas!”

Cuando somos nosotros los aconsejados, es cuando vemos clara esta absurda manía humana de arreglar las cosas ajenas, no pudiendo arreglar las propias, y pensamos: “Es

el error de que cada uno de por sí juzgue y considere a los demás, cuando cada uno es un mundo y como Dios lo ha hecho y de muy distinta manera que las otras personas”.

Pero hoy pensamos si no tendrá razón y verá más claro quien nos mira a distancia y fríamente... Si no haríamos bien tratando de salirnos de nosotros mismos para considerar nuestras cosas, dándonos y siguiendo esos consejos que tan eficaces y tan buenos nos parecen para los demás.

“Mal te aconsejas”, suele decirse; pero es porque no nos aconsejamos como cuando aconsejamos a los demás. Para razonar y para aconsejarnos hemos de desapasionarnos, haciendo un esfuerzo para salirnos de nosotros mismos.



Conservemos el hombre natural

SE gastan energías y dinero en la formación de regimientos de niños exploradores. Poco es lo útil y sano de esta moda y mucho lo que tiene de espectáculo, de vanidad.

Yo les daría a los exploradores este cambio:

Tendríamos un gran local-escuela no para enseñarles cosas de soldados, sino la vida del hombre en la Naturaleza, como verdadero hombre.

Cosas que yo enseñaría a niños y niñas:

Los oficios en sus principios más rudimentarios, **valiéndose tan solo de elementos naturales.**

Hacer chozas con las ramas y con la piedra y el barro.

Hilar y teñir y tejer lanas, algodones y cerdas y fibras.

Fabricar cacharros con primitivos tornos de alfarero, hechos por ellos mismos.

Meterlos en aventuras robinsonescas, li-

brados absolutamente a sus fuerzas naturales: colonias en una isla, sin elementos de auxilio, forzados a resolver problemas de necesidad: encender lumbre, buscar aguas, vivir de frutas y de mariscos, hacer una embarcación del tronco de un árbol, improvisar un hacha de piedra, arcos y flechas... cazar con trampa y lazo, etc., etc.

*

El hombre de la civilización ya no es un hombre, y debería serlo sin perjuicio de todos los adelantos.

Aislado en una selva, en plena vida natural, un hombre civilizado muere.

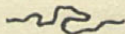
En las ruinas de una guerra, en el aislamiento de la ribalidad de pueblos y de conflictos universales, los pueblos civilizados sufren y *han* perecen a falta de tales o cuales productos que les facilitan la industria y el comercio de otros pueblos.

Y a los niños, al hombre y a la mujer, debía enseñárseles sobre todas las cosas, a bastarse a sí mismos en medio de la Naturaleza, que es la gran madre generosa para los hijos que no la han abandonado.

Obras completas de VICENTE MEDINA

Volúmenes como el presente ya publicados:

- I VIEJO CANTAR (Versos de amor)
- II ¡PADRE NUESTRO! (Breviario)
- III PATRIA CHICA



VICENTE MEDINA tiene material
para algunos otros tomos en
prosa y verso.

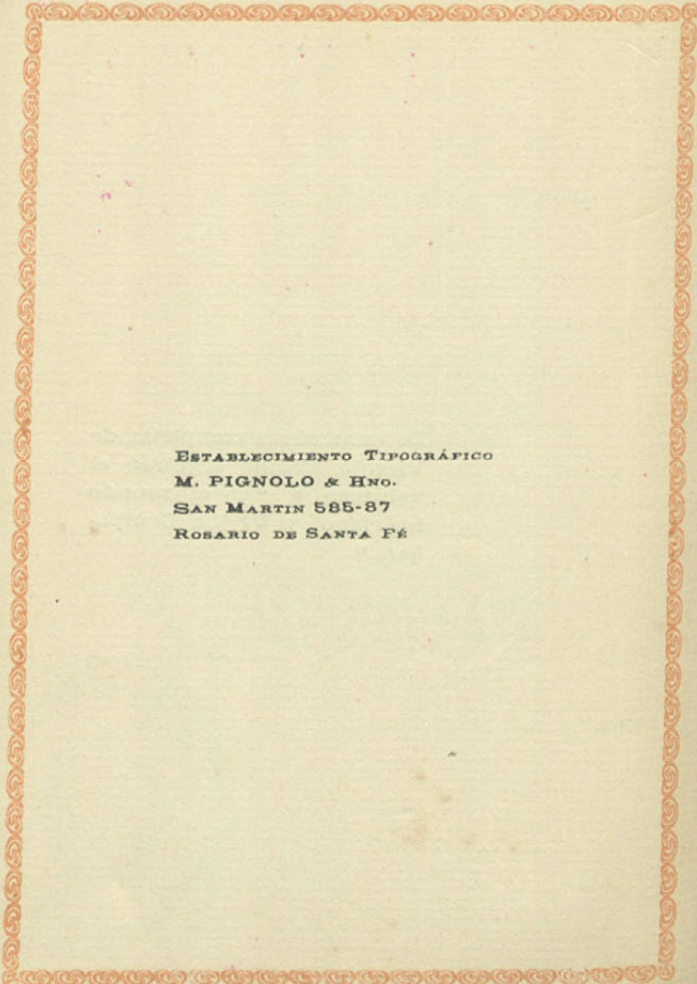
Correspondencia á Vicente Me-
dina - Entre Ríos 958 - Rosario
de Santa Fé - R. Argentina.

PEDIDOS

á la Agencia Gral. de Librería
Rivadavia 1673, Buenos Aires.
Librería "Fernando Fé" Puerta
del Sol 15, Madrid - Librería de
Victoriano Suarez, Preciados 48
Madrid.



De estas obras completas de
Vicente Medina seguirán el
volumen V "En el mundo
huérfano" y VI "La Compa-
ñera."



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
M. PIGNOLO & HNO.
SAN MARTIN 585-87
ROSARIO DE SANTA FÉ

Obras de Vicente Medina

POESÍA Volúmen de 512 páginas. Contiene toda la labor poética del autor hasta 1908, con doce juicios críticos de escritores ilustres.

LA CANCION DE LA HUERTA. Aires murcianos - Ilustraciones fotográficas de paisajes y costumbres de la huerta, tomadas del natural por el mismo autor.

LA CANCION DE LA VIDA Poesías con autobiografía.

ALMA DEL PUEBLO Primeros ensayos poéticos.

LA CANCION DE LA MUERTE Cuadros en prosa - Páginas de intenso pesimismo.

ABONICO Poesía - Las cartas del emigrante Nuevos Aires murcianos.

CANCIONES DE LA GUERRA Poesía. Piadosa lamentación, queja angustiosa, protesta airada contra la locura sangrienta de los hombres. Esto es este libro.

TEATRO

El Rentó

La sombra del hijo

El alma del molino

! Lorenzo . . . !

OBRAS DRAMATICAS INÉDITAS

La pena duerme

La copla triste

El calor del hogar

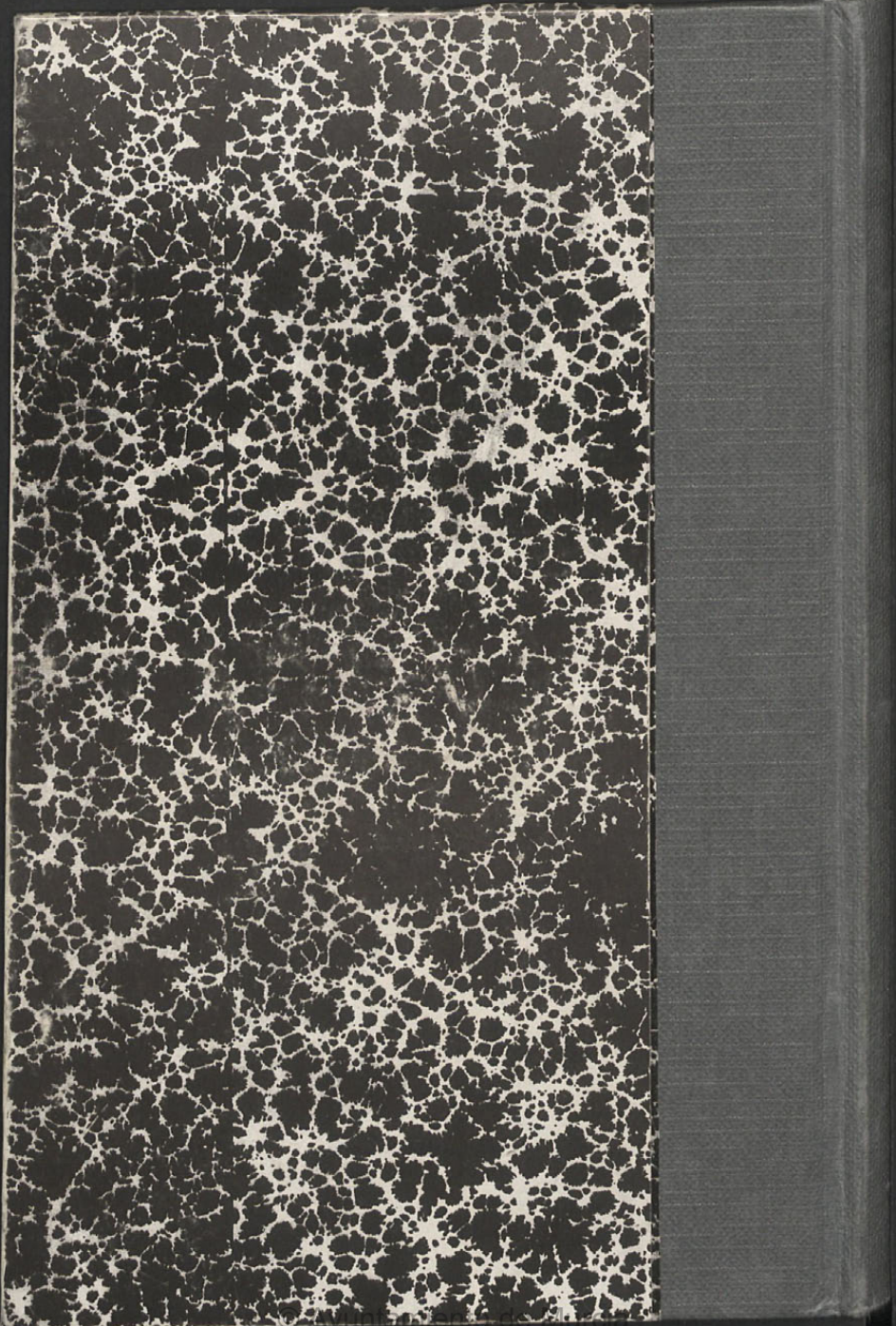
En lo obscuro

Los pájaros

La fiesta del mar

El canto de las lechuzas





V. MEDINA

EN LAS
ESCUELAS

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST^E

7

TAB^A

F

N.^o

10